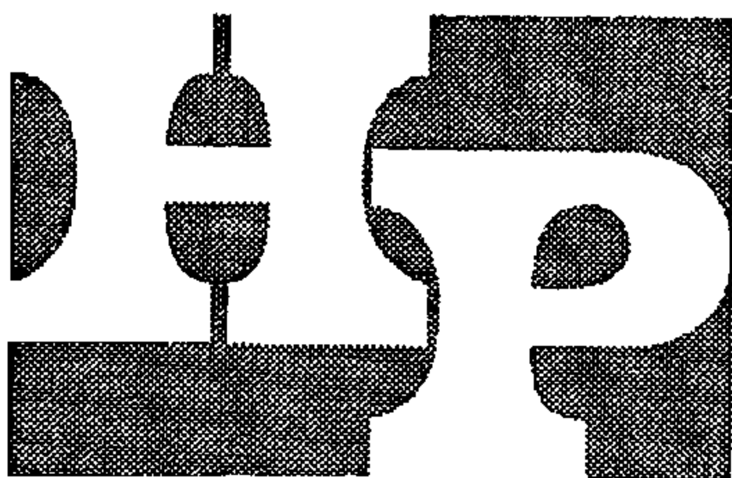


la historia de Jack, "el guapo"

Keith Luger





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA HISTORIA DE JACK EL GUAPO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 412
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 35206-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—Has cumplido tu condena, Rock —dijo el alcaide de la penitenciaría de Tucson, William Blackford.

El hombre que tenía delante de la mesa, Rock Barnes, sonrió y dijo:

—Tres años, seis meses y catorce días en esta ratonera, alcaide.

—Sí, fue ése el tiempo que estuviste aquí.

—Me faltó agregar doce horas. Pero, si usted me va a soltar un discurso, creo que serán doce horas y media. Por favor, alcaide, termine ya.

—Rock, te impusieron una condena entre dos años y diez. Si sales ahora, es por tu buena conducta.

—No me lo recuerde, alcaide. En la penitenciaría me pusieron un apodo: El Niño Bueno.

—Es un apodo que te debió costar mucho trabajo soportar.

—Oiga, alcaide, ¿por qué no me deja en paz?

—Es mi deber recordarte algo. Mataste a un hombre.

—No, jefe. Se equivoca. Maté a un perro.

El alcaide Blackford endureció el rostro.

—Te había quitado a tu mujer, según tú.

—Sí.

—Pero lo cierto es que ella te abandonó por él… Fuiste en su busca y la sorprendiste con Clark Holmes. Se entabló una discusión entre vosotros, tú sacaste el revólver y lo mataste. Según nuestra ley, cometiste un homicidio, a pesar de las circunstancias que concurrieron. Te exaltaste porque tu mujer se había ido con otro hombre.

—¿Por qué me recuerda todo eso?

—Te he dicho antes que era mi obligación. Mientras has estado

aquí, no has tenido noticias de tu mujer Sé que has preguntado por ella a todos los tiesos que llegaban. Conozco tus intenciones, Rock. Las conozco como si tuvieses los sesos al aire. Quieres ir en busca de ella. De tu Rosie.

—No sé lo que haré todavía.

—A mí no me engañas, Rock. Irás en busca de tu Rosie. Y ella te traerá otra vez complicaciones. Es lógico que Rosie esté con otro hombre.

—¡No diga eso! ¡No lo diga!

—Te estoy sugiriendo que es una posibilidad. La puedes encontrar con otro hombre. También discutirás con él y volverás a sacar el revólver.

—¡No se meta en mis problemas!

—Te lo advierto. Rock. Si matas por segunda vez, te encerrarán en esta penitenciaría o en otra, y no saldrás en el resto de tu vida.

—¿Ya acabó?

—Sí, Rock, ya acabé.

El alcaide se levantó y alargó la mano hacia Rock Barnes. Éste tardó varios segundos en cambiar un apretón con la máxima autoridad de la prisión.

—Suerte, Rock —dijo el alcaide, con una sonrisa amistosa.

—Gracias, alcaide.

Acompañó al condenado hasta la puerta y le puso una mano en el hombro.

—Olvida a esa mujer, Rock. Puedes empezar una nueva vida. Para todos hay una segunda oportunidad, y tú no eres una excepción. A veces hay que tragarse la rabia. Si trabajas duro, olvidarás a esa mujer.

La voz interior de Rock Barnes dijo: «¿Qué sabe este alcaide de olvidar a una mujer? He soñado con Rosie durante mi encierro. Centenares de noches soñando con ella, Y también pensaba en Rosie de día, en su hermoso rostro y su hermoso cuerpo. Era mi mujer y lo sigue siendo, porque ella no pidió el divorcio».

Un carcelero le abrió la reja del patio.

—Hasta pronto, Rock.

Era Norman, uno de los peores guardianes. Norman le había buscado las cosquillas al principio, durante las primeras semanas, porque se divertía con enviar a los presos a las celdas de castigo.

Pero Rock comprendió el juego de aquel tipejo y soportó sus frases llenas de sarcasmo.

—No me verás otra vez, verdugo.

—Todos dicen lo mismo. —Norman rió con ferocidad—. Pero vuelven.

Rock Barnes, de veintiocho años, rubio, de facciones correctas, se alejó de la prisión y cuando estuvo a unos treinta metros, se detuvo y se volvió para verla. Allí, tras los grises muros, había pasado una parte de su vida. Se lo debía a una mujer. A la suya. A la que había jurado amarle hasta que la muerte los separase. A Rosie.

—¿Cuándo es el asalto, Peter? —preguntó Rosie.

Peter Morris abarcó por la cintura a Rosie y la besó en los labios.

—Nena, hay preguntas que no deberías hacer.

—¿Quién os informó de la existencia de ese Banco?

—Tú, muñeca.

—¿Quién os dijo que en el Banco hay un cuarto de millón los viernes por la noche, porque es cuando la compañía minera retira los fondos para pagar a los obreros el sábado?

—Tú, Rosie.

—¿Quién os hizo un plano del Banco?

—Tú, linda.

—Entonces, ¿por qué diablos no me vas a decir cuándo has decidido dar el golpe?

—Quería darte la sorpresa.

—Pues dámela ya.

—Será esta noche.

—¡Pero hoy es jueves!

—Sí, cariño, hoy es jueves y pasó algo que tú no tuviste en cuenta.

—¿Qué cosa?

—El dinero llegó.

—¡Lo mandan los viernes por la mañana!

—Esta vez lo mandaron el jueves.

—¿Estás seguro, Peter? ¡No puedes cometer ningún error!

—Mira, Rosie, llevamos dos semanas aquí y, durante este tiempo, he usado la cabeza. Mis dos amigos se han ocupado de todo. Naturalmente, yo les di las instrucciones.

—No me gusta uno de ellos.

—¿Brandy Bosley?

—No. El otro. Richard Kiber.

—¿Y qué le pasa a Richard Kiber?

—Me mira como si fuese a comerme.

—Eso no es culpa de Richard, sino de ti, cariño. Eres una mujer muy hermosa. Y es lógico que los hombres se fijen en ti.

—Hay muchas formas de mirar a una mujer.

—Conozco a Richard y sé que le gustan morenitas como tú, y con muchas curvas. Pero yo soy su jefe y me respeta Tú eres mi chica, ¿lo oyes? Y Richard no se atreverá a ponerte la mano encima porque sabe que, si lo hace, le voy a sacar los dientes a culatazos. Puedes estar tranquila.

—Está bien, Peter. Me haré la distraída cada vez que Richard ponga sus ojos en mí. Pero en cuanto peguemos el golpe, le das su parte y que se largue.

—Claro, nena. Una vez que peguemos el golpe, no tendremos necesidad de soportar a nadie. Ni a Richard Kiber ni a Brandy Bosley. Sólo tú y yo seguiremos formando la sociedad.

—Será maravilloso vivir contigo en California.

—Te falta agregar algo, nena. Viviremos en California como ricachones.

—Es el sueño de mi vida. No pasar más fatigas, Peter.

Morris la besó en los labios y dijo:

—Te tengo que dejar, nena. Quiero dar una vuelta.

—Vuelve enseguida.

—Lo haré en cuanto pueda, cariño.

Peter Morris besó los labios de Rosie, una vez más, y abandonó la habitación del hotel Margot, de Silver City.

Salió a la calle. Había mucha gente, sobre todo mineros que habían acudido a la ciudad a hacer sus compras. Casi todos ellos eran independientes. Tenían sus propias minas de plata, pero apenas sacaban metal para poder subsistir. La poderosa compañía minera de Silvertown había puesto en juego el capital de sus accionistas instalados en Nueva York, en Londres y en París. Y había declarado la guerra a los mineros que querían trabajar para sí mismos. Los lobos solitarios estaban siendo cazados. Unos antes y otros después, iban cayendo en la trampa, y terminaban por vender

sus propiedades al precio señalado por la compañía, a un precio que resultaba muy conveniente para los accionistas, pero muy malo para el dueño de la mina.

Vio a Brandy Bosley en la puerta del saloon Vanity, mirando el Banco que estaba enfrente.

—¿Qué haces ahí, imbécil?

Brandy dio un respingo.

—Jefe, estoy vigilando el Banco.

—Y apuesto a que llevas una hora ahí, clavado, mirando el Banco.

—De vez en cuando me muevo.

—Sólo falta que te pongas un cartel colgado del cuello en el que diga: «Voy a asaltar el Banco».

—Pero tú dijiste…

—¡Yo dije que vigilases! Que tuvieses los ojos bien abiertos, y eso no quería decir que te estuvieses aquí, sino que caminases arriba y abajo, que entrases en el *saloon*. Que hicieses amistades haciéndote pasar por un recién llegado que se interesa por los negocios.

—¿Qué negocios?

—¡Cualquier negocio, maldita sea!

—Todo eso, ¿para qué, jefe?

—Te lo voy a decir, cabeza de chorlito. No me gustaría nada que alguien hubiese pensado lo mismo que nosotros.

Brandy señaló el Banco y Peter le pegó un manotazo.

—¡No señales, estúpido!

—Tú te refieres a que otros tipos se llevasen la plata antes que nosotros.

—Eso mismo, talento. ¿Dónde está Richard?

—En el *saloon*.

—Vamos con él.

Peter Morris y Brandy Bosley se reunieron con Richard Kiber, que estaba en el mostrador, bebiendo *whisky*.

—¿Qué tal, Richard?

—Vamos a tener más suerte de la que pensábamos, jefe.

—¿Por qué?

—He visto llegar a no menos de un centenar de mineros, y todos ellos pasan primero por el Banco para hacer sus entregas de plata.

La depositan y sacan unos pocos dólares para sus gastos.

—Son centavos comparados con la nómina de la compañía minera —rezongó Peter Morris.

El *saloon* estaba muy animado.

Una docena de girls bebían con dos o tres clientes a la vez, porque cada una de ellas tocaba a más de cinco hombres por cabeza, y ellas, como buenas chicas, repartían sus mimos entre todos.

Ocurrió algo extraño.

Un hombre entró en el local con un cencerro, y haciéndolo sonar, empezó a brincar como un saltimbanqui.

Muchos se silenciaron. El viejo del cencerro dejó de hacer sonar su instrumento musical, y gritó:

—¡Acaba de llegar Jack el Guapo!

CAPÍTULO II

Fue como si hubiese estallado una tempestad.

Las girls saltaron de las sillas, de las piernas en que estaban sentadas, o dejaron de besar a sus clientes, y todas a una corrieron hacia la salida.

—¡No, no! —gritó el viejo, pero no le sirvió porque fue arrollado con su cencerro.

La mayoría de los mineros se habían quedado asombrados.

Las girls seguían saliendo del saloon, mientras gritaban:

—¡Mi precioso Jack!

—¡Mi adorado Jack!

—¡El Guapo es para mí!

—¡Que te crees tú eso! ¡Tócalo y te saco los ojos!

Estas y otras expresiones eran escupidas por los labios rojos de las muchachas que corrían en busca de aquel hombre.

El anciano, cuando pasó la última girl, estaba tendido como una rana.

Hizo sonar el cencerro otra vez, se puso bizco y dijo:

—Ha llegado Jack el Guapo —y se desmayó.

Los tres hombres que iban a asaltar el Banco de Silver City también habían enmudecido.

—Eh, jefe —dijo Brandy Bosley—, ¿quién es Jack el Guapo?

—No lo sé.

—Pues ya quisiera estar en su lugar.

—No seas estúpido, Brandy. Apuesto a que si ese Jack el Guapo supiese lo que vamos a cosechar en esta ciudad, se cambiaría por ti.

Las girls aparecieron gritando. En medio iba un hombre que cogía con cada uno de sus musculosos brazos a una girl, y éstas le besaban repetidamente en la mejilla.

—¡Es mi turno, Doris!

—¡Ahora me toca a mí, Sandra!

Jack el Guapo, de unos veintiocho años y uno noventa de talla, era moreno, de tez bronceada, ojos azules muy brillantes. Al sonreír se le formaba un hoyuelo en cada mejilla y también tenía el mentón hendido.

—¿Cómo están mis hermosas ovejitas?

—Bien —contestaron las girls a una, imitando el balido de las ovejas.

—Eso es lo que le gusta a Jack. Que estéis saludables, desde la pechuga hasta los remos.

—¿Qué has hecho, Jack? —preguntó una de las girls.

—Acabo de traer dos carros de *whisky*. Y os juro que he hecho el gran negocio porque he ganado diez mil dólares que he dejado en el Banco.

Los tres salteadores rieron.

—¿Lo oyó, jefe? —dijo Brandy.

—Sí, ese imbécil también será nuestro cliente. Y se va a quedar sin sus diez mil dólares como yo me quedé sin abuela.

Jack avanzó hacia el mostrador con su corte y se dirigió a un bigotudo barman.

—¡Tony, pon de beber! ¡Y cuando Jack Martin bebe, todas las mujeres beben!

El viejo del cencerro levantó un brazo.

—Y de los ancianos, ¿qué?

—Está bien, Isaías, quedas incluido en el grupo.

Tony fue a servir *whisky*.

—¿Qué es eso, Tony? —Gruñó Jack—. ¡Vete con tu matarratas! ¡Es champaña lo que quiero! Champaña para mis preciosas muchachas.

Se armó un griterío fenomenal.

Un hombre se abrió paso entre las girls.

—Eh, usted —dijo.

Jack no le hizo caso porque estaba entretenido en besar en la boca a una pelirroja de busto muy desarrollado.

El tipo llegó ante Jack y le tocó en el hombro.

Jack dejó de besar a la pelirroja para prestar atención al fulano, que era alto como él y fuerte como un oso.

—¿Qué le pasa a usted, amigo?

—Yo tenía a esa pelirroja sobre mis piernas y quiero verla otra vez sobre mis piernas.

—¿Ah, sí?

—Voy a contar hasta cinco para que la deje.

—¿Ah, sí?

—Usted se quedará sin ella.

—¿Ah, sí?

—Y ya voy a empezar a contar Uno…, dos…

—Perdona, Wanda —dijo Jack el Guapo, y dejó a la pelirroja en el suelo.

—Tres…, cuatro… —dijo el hombre que parecía un oso—. ¡Cinco!

Y en ese momento, el puño de Jack, convertido en un borrón, le estalló en la boca.

El hombre que parecía un oso emprendió una loca carrera y en su camino arrolló mesas, sillas y el cencerro de Isaías, del que arrancó muy feos sonidos. Luego ya dejó de arrollar cosas porque se encontró las puertas de la calle, y, después de empujarlas con la cabeza, desapareció.

Jack se escupió en las manos y dijo a la pelirroja:

—¿Por qué habrá tipos tan ansiosos, Wanda?

—¡Viva Jack el Guapo! —gritó una girl.

—¡Viva! —gritaron todas.

El barman descorchaba botellas de champaña y escanciaba en los vasos.

Wanda levantó su copa.

—¡Un brindis, Jack!

—¡Por todas vosotras y para que os conservéis tan ricas como ahora!

Todas bebieron y Jack cogió en brazos a una rubia y dijo:

—Jack se va con Susan al reservado. Y cuando Jack se va con una girl al reservado, todas las nenas se van al reservado.

Unas girls atraparon las botellas de champaña que todavía no se habían gastado. Otras cogieron las copas. Y todas fueron tras de Jack el Guapo, que llevaba en brazos a Susan.

La mayoría de los clientes estaban asombrados viendo aquel desfile por la escalera que conducía a los reservados.

Brandy Bosley dijo:

—Usted dirá lo que quiera, jefe. Pero yo me cambio por ese tipo ahora mismo.

—¡Vámonos de aquí! El asalto es lo nuestro. Y os quiero dar los últimos detalles.

—Firma, nena.

—¡No me da la gana firmar!

—Vas a recibir cien dólares.

—¿Cien dólares por la mina de mi abuelo? Ustedes están locos. Además, ustedes no son los que compran. Es la compañía minera. Quiero hablar con el presidente de la compañía minera.

—¿Para qué?

—Para mandarlo al diablo.

El hombre lanzó una carcajada y se dirigió a su compañero.

—¿Has oído, Slin? Te dije que la nena de las curvas sería un hueso.

—No me llame nena de las curvas. Mi nombre es Melanie Hasler. Y ustedes son un par de canallas porque me quieren pagar con cien cochinos dólares una mina de plata.

El compañero de Slin, Douglas Harris, rió por la bocaza.

—Cariño, te estamos haciendo un favor.

—No me diga.

—Tu mina ya no vale. La galería está a punto de derrumbarse. Los maderos que sostienen la galería se pudrieron como se pudrió tu abuelo en la fosa. Te estábamos esperando, ¿lo oyes, Melanie?

—Eso no hace falta que me lo juren.

—Yo le decía a Slin: «¿Cuándo vendrá la heredera de Jonathan Hasler para hacerle un favor?». Y ya estás aquí.

—Ya estoy aquí y no les venderé.

Slin y Douglas cambiaron una mirada. El primero dio un respingo.

—Muñeca, no hagas las cosas más difíciles.

Estaban en la cabaña cercana a la mina, la cabaña que había pertenecido también a Jonathan Hasler. Melanie la había encontrado muy sucia. Y se había puesto a limpiarla cuando aparecieron los dos fulanos con un contrato en la mano, según el cual, ella vendía a la compañía minera por cien dólares su mina de plata.

—¡Lárguense y déjenme en paz!

—Melanie —dijo Douglas—, a Slin y a mí nos gusta conseguir los clientes por las buenas.

—Pues conmigo han fallado.

—Te falta saber algo, preciosa. Si no conseguimos los clientes por las buenas, los conseguimos por las malas.

Melanie sintió un escalofrío por la espalda. Aquellos dos hombres eran dos bandidos. De eso no tenía la menor duda. Pensó al principio que si se mostraba inflexible, ellos se largarían, pero no era así, como le acababa de decir Douglas Harris.

Slin metió la mano en el bolsillo y sacó algo. Unos nudillos de bronce que se colocó en la diestra. Empezó a golpear los nudillos metálicos contra la palma de la otra mano mientras le sonreía a la joven.

—Ella tiene una cara muy bonita, ¿no te parece, Douglas?

—Sí, señor. Yo diría que es preciosa.

—Pero estaría muy fea si de pronto alguien le partiese la nariz.

—Tienes razón, Slin. Yo vi una vez a una mujer con la nariz partida y no la reconocí. La llamaban la Bella Leonor, pero después de recibir aquel golpe con los nudillos metálicos de bronce, le cambiaron el apodo, y por ahí va pidiendo limosna. ¿Y sabes cómo la llaman? La Chata Leonor.

Melanie levantóse de la silla. Tenía veintidós años y era esbelta, hermosa y con un rostro muy atractivo, la nariz respingona.

CAPÍTULO III

—Oigan, ¿por qué no me dan tiempo para pensarlo? —dijo Melanie.

—No, nena —contestó Douglas.

—Un día, sólo un día.

—No, dulzura.

Douglas puso el papel sobre la mesa.

Mojó la pluma en el tintero y la alargó a Melanie.

—Tú vas a firmar, preciosa. Vas a firmar porque no querrás que te llamen la Chata Melanie, en lugar de la Bella Melanie.

La joven asintió con la cabeza.

—Está bien. Firmaré.

—Eso me gusta más, cariño.

Melanie cogió la pluma. Pero no la dirigió hacia el papel para firmar. Clavó la pluma en el cuello de Douglas. Éste lanzó un grito de dolor.

Melanie saltó a un lado y eso la libró de los nudillos de bronce, porque Slin le había lanzado el puño.

Melanie ya estaba corriendo hacia la puerta, y salió de la cabaña como una exhalación.

Slin, que había golpeado con sus nudillos en la mesa, partiéndola en dos, se volvió furioso.

—¡No escaparás, muchacha!

Douglas se quitó la pluma que tenía clavada en el cuello. En la herida, la sangre se mezclaba con la tinta.

—¡Maldita sea, Slin! ¡Voy a hacer pedazos a esa muchacha!

—¡No la puedes hacer pedazos hasta que firme!

—¡De acuerdo! Vamos por ella.

Melanie seguía corriendo. El pueblo estaba cercano.

Oyó pasos a sus espaldas. Eran ellos.

Dirigió la mirada al cielo.

—¡Abuelo Jonathan, que no me cojan! ¡O me mandarán contigo!

Vio a algunos ciudadanos, pero ya tenía una idea de cómo eran los hombres. No, no podía detenerse y gritar: «¡Caballeros, protéjanme!». Los seres humanos eran egoístas y sólo se preocupaban de sus problemas. Ella necesitaba la ayuda de una autoridad. Pero ¿dónde estaba la comisaría? ¿Dónde?

Oyó la voz de Douglas:

—¡Muñeca, ven aquí! ¡Quiero regalarte un pastelillo!

Melanie vio la puerta de un *saloon* y se metió en él.

Un hombre la atrapó por los brazos.

—Ven conmigo, ángel.

Melanie le soltó una bofetada y logró apartarse de él.

Otro hombre se le acercó.

—Aquí tienes a tu tío Jorge, bombón.

Melanie le vio la barba y sus ojos codiciosos y decidió que tampoco aquel hombre le podría prestar la ayuda que necesitaba. Oyó un jaleo arriba y vio mujeres a la puerta de un reservado.

Una de ellas gritaba:

—¡Un beso para mí, Jack! ¡Un beso para mí!

Otra exclamaba:

—¡Es mi turno!

Melanie empezó a subir las escaleras en el momento en que Douglas y Slin entraban en el saloon.

—¡Allí está, Slin!

—¡No podrá escapar!

Corrieron detrás de la joven.

Melanie terminó de subir la escalera y se abrió paso entre las *girls*.

Así pudo entrar en la habitación donde un hombre estaba sentado en una silla, y, por turno, recibía a una *girl*, que se sentaba en su rodilla izquierda, o en su rodilla derecha, y la besaba en la boca.

Melanie se puso a la cola.

—Jack, date prisa —dijo una morena—. Que solamente he recibido cuatro besos.

Le llegó el turno a Melanie y sintió que una mano la cogía y la sentaba en una rodilla.

Ella tenía vuelta la cabeza hacia atrás, porque en ese momento, Douglas y Slin entraron en la habitación.

Melanie sintió sobre su boca unos labios masculinos.

La estaba besando aquel hombre llamado Jack. Y, caracoles, qué beso.

Jack la miró.

—Eh, tú eres nueva.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Melanie.

—Pues estás muy bien.

—Gracias. Si usted lo dice…

—Sí, señor —dijo Jack, palmeándole la espalda—. Un rato bien.

—Para servirle.

—Me vas a servir. Sí, señor —dijo Jack, y la volvió a besar en la boca.

Una *girl* empezó a protestar:

—Eh, Jack, sólo es un beso por vez.

—Ésta es nueva y merece un tratamiento especial —contestó Jack—. Ya sabéis lo que dice Jack Martin. Nada de celos. Entre nosotros deben existir muy buenas relaciones. Cuando Jack Martin besa, besa a todas las mujeres.

Melanie vio que los dos hombres avanzaban.

Entonces echó los brazos al cuello de Jack y aplastó su boca contra la de él.

Las *girls* gritaron:

—¡Eh, nena, sin abusar!

—¡Esta principiante se cree que todo el pedazo de hombre es suyo!

Douglas Harris ordenó:

—¡Fuera! ¡Fuera todas de aquí!

Y él y su amigo manotearon enviando a las *girls* hacia las paredes.

Melanie seguía abrazada a Jack como si fuese un salvavidas. Y lo continuó besando.

Jack la apartó de sí y sonrió.

—Eh, nena, resérvate un poco o no dejarás nada para luego.

Douglas hizo oír su voz.

—Eh, usted, el del besuqueo.

—¿Se refiere a mí? —Gruñó Jack.

—Esa chica no es del grupo.

—¿Cómo dice?

—Que no pertenece a su cuadra.

—Oiga, tenga cuidado con lo que dice. No me gusta esa comparación con una cuadra.

—Está usted entre potrancas.

—Son mujeres, compañero. Mujeres. Y todas ellas son preciosas y dignas de que los hombres las traten con educación.

Douglas sonrió.

—¿Oyes al tipo, Slin? Se cree muy grande porque está con las damiselas. Apuesto a que se cree como una de ellas.

Slin levantó sus puños con los nudillos de bronce.

—¿Es usted Jack el Guapo?

—Sí.

—Quítese a esa chica de la pierna. A la morenita.

—¿Para qué?

—Ella se viene con nosotros.

—¿Para qué?

—Tenemos que ventilar un negocio.

—¿Para qué?

Douglas pegó con el codo a su amigo.

—Cállate, Slin. Te está tomando el pelo.

—¿A mí tomarme el pelo? Que lo intente y lo dejo sin la dentadura de porcelana.

Jack abrió los dientes y se dirigió a la pelirroja.

—Wanda, ¿tengo yo la dentadura de porcelana?

—Todos tus dientes son tuyos, Jack. Y no te falta ninguno. Una vez te los conté mientras dormías.

Jack sonrió.

—Ya oyó, compañero. Ahora dése una vuelta por ahí y refrésquese.

—¿Supone que nos vamos a ir sin Melanie?

Melanie estaba muy nerviosa. Cada vez más. Aquel hombre que la había besado no podría con los dos tipos.

—Melanie —dijo Jack—, ¿te quieres ir con ellos?

—No.

—Ya han oído, compañeros. Ella se queda.

—¡Jack, te vamos a romper el cráneo! —exclamó Slin.

Las *girls* dieron gritos.

—¡No, Jack!

—¡Deja a esa Melanie!

—¡No queremos que te rompa el cráneo!

—¡Estarías horrible con la cabeza rota!

Jack apartó a Melanie de su pierna.

Douglas dijo:

—Así se hace, amigo. Hay que saber perder.

Jack se levantó.

—No me gustan los tipos fanfarrones. Podéis preguntar por ahí y os dirán que Jack Martin no se deja avasallar por nadie. Ni siquiera por dos mequetrefes.

Douglas y Slin sonrieron.

—Ya teníamos ganas de encontrar a un tipo como tú, Jack. Hoy no hicimos bastante ejercicio.

—Al ataque, muchachos.

Melanie retrocedió con las otras *girls*.

Douglas y Slin se lanzaron al mismo tiempo sobre Jack. Pero éste no se dejó tocar con los nudillos de bronce. Pegó un terrible derechazo en la mandíbula de Slin y lo mandó hacia el techo.

Por un momento, pareció que Slin se iba a quedar allí arriba, pegado como una mosca, porque había golpeado el techo con la cara. Pero luego cayó, y en el techo quedó una mancha de sangre.

Douglas se entretuvo mucho en mirar a su amigo, que se había ido para arriba, y dejó al descubierto el mentón.

Pagó muy caro su error porque Jack le sacudió un trallazo con la izquierda.

Fue visto y no visto. Douglas salió de la habitación, chocó contra la barandilla, dio una vuelta de campana y cayó en el *saloon*. Debió hacerlo sobre una mesa porque se oyó una explosión de madera, y un hombre gritó:

—¡Maldita sea! ¡Ahora que tenía un póquer de reyes!

CAPÍTULO IV

Melanie estaba con los ojos muy abiertos, asombrados, viendo a Jack en el centro de la estancia.

Las *girls* lo vitorearon.

—¡Viva Jack el Guapo!

—¡Ha vencido a los dos!

—¡Es el mejor!

—¡Es mi hombre!

—¡El mío!

Todas se lanzaron sobre Jack y empezaron a querer encaramarse sobre él para besarlo.

Pero Jack no quería besar a ninguna porque tenía la mirada fija en Melanie, que se había quedado sola, junto a la pared.

Y Melanie también miraba a Jack.

—Gracias —murmuró la joven, y echó a correr.

—¡Espera, Melanie!

Pero Melanie no esperó. Bajó la escalera.

Vio a Douglas, al que estaban golpeando con restos de una mesa.

—¡Estropearme mi póquer de reyes, canalla! —le decía uno, y le partió el trozo de madera en el cráneo.

Melanie cruzó el *saloon* para salir.

Un borracho se puso en su camino.

—¡Palomita, ven a mi nido!

Abrió los brazos para recibir a su palomita y lo que recibió fue una bofetada que lo hizo caer de espaldas.

Luego, Melanie, sin más incidentes, ganó la calle. Se encontró a una mujer en el camino.

—¿Dónde está la comisaría, señora?

—Al final de la calle. A la derecha.

Melanie avanzó entre el río de gente que circulaba por la acera de tablones.

Abrió la puerta de la comisaría de golpe.

—¡Jefe…! ¡Autoridad! ¡*Sheriff*! ¡Capitán!

Un hombre que estaba sentado tras de una mesa dijo:

—Pregunta por demasiadas personas. Y aquí sólo hay una. Yo, el *sheriff*.

—¿Cómo se llama?

—Chester Connors. Pero ¿por qué me hace preguntas? Soy yo quien se las debe hacer. ¿Quién es usted?

—Melanie Hasler.

—No me diga más. La trajeron en un cargamento de mujeres para venderlas por kilos.

—¿Eso hacen?

—Era una suposición. Casi todas las mujeres de Silver City se quejan de que las trajeron a la fuerza. ¿Por qué? Porque les salió mal el viaje, y ahora quisieran escapar de aquí inmediatamente, mediante un donativo económico del *sheriff*. ¡Pero un *sheriff* no es un protector de mujeres descarriadas! ¡Las que se descarrían lo hacen por su gusto!

—¡Bocazas!

—¿Cómo ha dicho?

—¡Es usted un *sheriff* bocazas!

—Oiga, muñeca…

—Le dije mi nombre. Melanie Hasler.

—Pues escuche esto, Melanie Hasler. ¡Una palabra más contra mi autoridad y la encierro!

—¡A otras personas debería encerrar!

—¿A quiénes?

—¡A Douglas Harris y a Slin Jones!

—¿Por qué?

—Son unos canallas. —Melanie suspiró—. Pero, después de todo, no hace falta que los encierre.

—¿Hace una denuncia y ahora la retira?

—Me refiero a que hay otros canallas peores que Douglas y Slin y que debían ocupar la celda.

—¿A quiénes se está refiriendo?

—A los de la compañía minera. ¡Trataron de comprar mi mina!

—Eso es normal.

—¿Ejerciendo violencia en las personas? Esos tipos, Douglas y Slin, me amenazaron con romperme la nariz. Y Slin se puso unos nudillos de bronce. No crea que hablaban por hablar.

—Señorita, ¿por qué no termina su fábula?

—Conque es una fábula, ¿eh? Pues entérese, *sheriff*, si no hubiese sido por un tal Jack, ellos me habrían atrapado.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Melanie Hasler.

—¡Ahora no me refería al suyo, sino al del tipo que le ayudó!

—Jack el Guapo.

—El *sheriff* se levantó y derribó la silla.

—¿Jack el Guapo otra vez aquí? Oh, no, eso no puede ser. Usted debe estar confundida. —El *sheriff* hizo un gesto de tristeza—. Y después de todo, Jack es un nombre muy corriente. ¿Y por qué no ha de haber muchos tipos que se llamen Jack el Guapo? Señorita Hasler, ¿con quién estaba ese Jack?

—Con un montón de mujeres.

Connors se dio una palmada en la mejilla.

—Ya no hay duda. ¡Es Jack el Guapo!

—Usted lo ha dicho, *sheriff*. A propósito, ¿quién es ese tipo?

—¿No conoce a Jack el Guapo?

—Me dio unos cuantos besos, pero nada más.

El *sheriff* Connors se quedó con la boca abierta.

—¿Le dio unos cuantos besos y nada más?

—Fue un accidente, *sheriff*. Y no tuve más remedio que ponerme en la cola de las *girls*. Me llegó el turno y él me obsequió con un beso, como a cualquiera.

—Como a cualquiera —repitió el *sheriff* como sonámbulo.

La puerta se abrió y entró Jack Martin.

Se acercó al *sheriff* y le dio una palmada. Casi le derribó sobre la mesa.

—Hola, abuelo.

—¡No me llames abuelo!

—Tienes ya sesenta años.

—¡Tengo sólo cincuenta y dos!

—Pues cualquiera diría que estás en las últimas.

Jack se plantó delante de Melanie, la tomó por los brazos y la

besó en la boca.

Melanie soltó gruñidos, y cuando Jack la dejó libre, ella gritó:

—¡*Sheriff*, detenga a este hombre!

—¿Por qué?

—¡Por besar a traición!

Jack sonrió.

—*Sheriff*, busque en la ley ese delito.

—Sí, Jack. Ahora mismo.

El *sheriff* cogió un libro al que le faltaban las tapas, con las páginas grasientas, y pasó éstas humedeciéndose los dedos. Pero en un momento determinado, gritó:

—¡Ese delito no está en la ley!

Jack sonrió a la joven.

—¿Lo ves, Melanie? ¡Te puedo seguir besando!

Tiró de ella y la volvió a besar en la boca. Ella soltó más gruñidos y le pegó una patada en la espinilla.

Jack se alejó saltando a la pata coja.

—Eh, chica, ¿por qué me pegas?

—¡Porque es un gorila!

—¿Es que estás loca, Melanie? Hiciste cola para que te besase.

—Te acabo de conocer. Pero ya sé quién eres.

—Jack Martin. Y me llaman Jack el Guapo.

—¡Jack el Bruto!

—Bueno, eso dicen los que dejo fuera de combate.

—¡A mí no me dejaste fuera de combate! ¡Me puse en la cola porque tenía que refugiarme en aquella habitación! Aquellos dos hombres me estaban persiguiendo.

—¿Por qué te perseguían?

—Eran agentes de la compañía minera, y yo debía vender a la compañía minera la mina de plata que heredé de mi abuelo.

El *sheriff* y Jack se miraron. Luego miraron a Melanie.

Jack rompió el silencio:

—¿Tú eres la nieta del viejo borracho?

—¡No llame borracho a mi abuelo, que ya está muerto!

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Se murió hace un mes.

—De pulmonía.

El *sheriff* intervino:

—De la pulmonía que atrapó cuando estaba durmiendo la mona

al aire libre.

Jack pegó en el tobillo al *sheriff*.

—¿Por qué me pegas, Jack?

—Porque no debiste decir eso.

—Yo soy el *sheriff*.

—Y yo soy Jack Martin, abuelo.

—He dicho que no me llames abuelo.

—Está bien, doña Rita.

El *sheriff* Connors fue a protestar de nuevo, pero cerró los ojos y entrechocó los dientes.

Melanie puso los brazos en jarras.

—Le he hecho una denuncia, *sheriff*. Contra la compañía minera.

—La compañía minera no es una persona que se pueda meter en la cárcel.

—Pero se puede meter en la cárcel a la persona que la representa.

—Oye, muchacha, en la compañía minera hay muchos accionistas y la mayoría de ellos no viven aquí, sino en ciudades del Este y en Europa.

—Pero habrá un responsable del atropello que quieren hacerme. Y apuesto a que no es el primero.

Jack Martin se rascó una oreja.

—Abuelo, en Silver City, hasta ahora, ha habido mucho jaleo. Y todos sabemos que la compañía minera está abusando un poco de la situación.

—Oye, Jack, no me vengas con monsergas. Silver City es una ciudad sin ley.

—¿Quién lo dice?

—¡Lo digo yo, que soy el *sheriff*! ¿Cuántas peleas hay ahora en la ciudad? Apuesto a que se están ventilando muchas cosas a puñetazos. Y tú, Jack Martin, la mayoría de las veces, cuando estás aquí, eres el que provocas las más grandes. Esas celdas están vacías. Sólo puedo meter en ellas, de vez en cuando, al algún borracho porque resulta inofensivo. Cuando he tratado de poner la paz, ¿qué es lo que ha pasado? ¡Que me han hinchado un ojo o me han amenazado con sacarme el esqueleto por la boca! Todos os reís de mí. Soy un *sheriff* de pega. Tenéis razón. Lo soy. Pero si hubiese pretendido ser un *sheriff* como debe ser, hace tiempo que estaría en

el cementerio, como lo están los dos que me precedieron en el cargo. Me elegisteis a mí. ¿Por qué? ¿Porque yo era el hombre que necesitaba Silver City? ¡Mentira! ¡Me elegisteis porque yo era el espantapájaros que todos necesitabais!

—No te pongas así, Chester.

—¿Cómo quieres que me ponga? Aquí tienes a una chica que pide mi ayuda y no se la puedo dar.

—¿Por qué no?

—¿Lo preguntas tú, Jack? ¿Tú que sólo piensas en tu negocio, en traer *whisky*, tocino salado, harina o cualquier otra mercancía y ganar el dinero que puedas?

—No me interesa buscar plata. Nunca me interesó.

—Pero te ha interesado la otra parte del negocio. Abastecer con provisiones a los ciudadanos de Silver City.

—Oye, *sheriff*, no creas que es fácil traer las provisiones aquí. Tengo que estar viajando de un lado a otro.

—Pero te compensa. Anda, dime: ¿cuánto dinero tienes en el Banco?

—No lo sé.

—No lo sabes porque tienes mucho.

—De acuerdo. Es posible que tenga cincuenta mil dólares.

—Eres rico, Jack.

—No me puedo quejar.

—Y continuarás traficando con las mercancías. Y pronto tendrás cien mil dólares, o puede que más.

—Sí, abuelo. Ése es el tope. En cuanto tenga los cien mil, me largaré de aquí.

—¿Y adonde irás?

—A California. Mi padre era italiano. Se llamaba Martino. Yo quité la última letra del nombre porque comprendí que me irían mejor las cosas si me llamaba como un americano. Aunque lo soy de la cabeza a los pies, porque nací aquí. Y mi padre me enseñó a plantar naranjos. El era de Nápoles. Y allí tenía un gran huerto de naranjos Me han dicho que California es la mejor tierra para plantar naranjos. Y allí irá Jack Martin y tendrá centenares de acres plantados con árboles que darán jugosas naranjas. Las mejores del país.

—De acuerdo, Jack. Sigue con tu negocio.

Melanie se plantó delante de Jack.

—Eres un egoísta, Jack Martino.

—¡Martin!

—¡Martino, porque tu padre se llamaba Martino! Y no me vengas con que suprimiste la última letra. Eso fue ridículo. El *sheriff* tiene toda la razón del mundo. Vine aquí y empecé a insultarlo. Pero ahora me doy cuenta de que estaba siendo injusta con él. Silver City es una jungla.

—¿Una qué?

—¡Una selva, si lo quieres entender mejor!

—Oh, sí, y yo soy un gorila.

—Hay muchos gorilas. Y también hay tigres y leopardos.

—Y panteras —dijo él, recorriéndola con la mirada de la cabeza a los pies.

—¡No me compares con una fiera!

—¿Prefieres gata?

—¡Estábamos hablando de ti y no de mí! Repito que Silver City es una selva. Y mientras no sea una ciudad civilizada, no existirá la ley. El *sheriff* tiene razón. Es sólo un espantapájaros.

—Oye, Melanie —rezongó Jack—, las cosas no se pueden arreglar como tú quieres.

—Oh, claro. No se pueden arreglar porque a vosotros no os interesa.

—¿A nosotros?

—A la compañía minera y a todos los que ganáis dinero con esta situación.

—Muchacha, yo no amenazo a nadie, y no me pongo nudillos de bronce en los puños para obligar a una persona que compre mi mercancía. Y para demostrarte que no soy como ellos, voy a solucionar tu problema.

—¿Vas a solucionar mi problema?

—Sí, y será ahora mismo.

—¿De qué forma?

—Conozco al gerente de la compañía minera. Es un viejo amigo. Se llama Max Adams. Fuimos compañeros de negocios. Pero al cabo de algún tiempo, cada cual tiró por su camino. Espérame. No te muevas. Volveré enseguida.

CAPÍTULO V

Max Adams estaba sentado en un sillón de cuero, tras una mesa. Fumaba un grueso cigarro.

Era rubio, de unos treinta años. Vestía un impecable príncipe Alberto.

Dictaba una carta a su secretaria, una coqueta joven que respondía al nombre de Sibyla.

—Aconsejo una ampliación de capital de un millón de dólares. Nuestras compras de minas están adquiriendo un ritmo acelerado. Necesitamos maquinaria más moderna. Estoy seguro de que hablo en términos realistas. Con ello quiero decir que los beneficios de la compañía minera de Silvertown aumentarán en un cincuenta por ciento durante el próximo ejercicio.

—Ejercicio —repitió Sibyla.

—Saque diez copias y mándelas al presidente de la compañía en Nueva York.

Sibyla se levantó estirándose la falda por los muslos. Hizo una caída de pestañas.

—¿Cenará esta noche solo?

—No, Sibyla. Cenaré contigo, como ayer.

—Le espero en mi apartamento. ¿A las nueve?

—Un poco antes. Hoy trabajé mucho y necesito más relajamiento.

—Sí, querido…, digo, señor Adams.

—Cuidado, Sibyla. Eres mi secretaria.

—Perdón, señor Adams —dijo ella, con una sonrisa cautivadora, y salió del despacho contoneándose.

Adams observó el movimiento de las caderas femeninas, y mientras expulsaba el humo del cigarro, dijo:

—Qué mujer.

Sibyla volvió enseguida.

—Señor Adams, tiene una visita.

—No estoy para visitas. ¡Que se marche quien sea!

Jack Martin entró detrás de Sibyla.

—¿Ni siquiera para alguien que te quiere romper la cara?

—¡Jack! —exclamó Max, con alegría.

—Hola, capitalista.

Adams soltó una carcajada, y dejando el puro en el cenicero, corrió al encuentro de Jack.

Los dos se abrazaron.

Sibyla continuaba en la puerta. Jack volvió la cabeza, y dijo:

—Caramba, Max, tienes un buen mobiliario.

—Sigues con tus bromas.

La joven se sintió halagada por las palabras de Jack y se retiró con una sonrisa.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Jack dirigió una mirada a la habitación, observando con detenimiento las sillas, el sofá, la gran mesa y lanzó un silbido.

—Caramba, Max. Estamos en la misma ciudad. Pero es como si nos encontrásemos en dos planetas distintos.

Adams siguió sonriendo.

—Te lo dije, Jack. «Continúa conmigo y llegarás a lo más alto». Pero tú preferiste seguir oliendo a arenque, a tocino salado, a cualquier porquería.

—Te advierto que yo tampoco me puedo quejar.

—No hace falta que me digas nada, Jack. Estoy al corriente de tus trapicheos.

—También estoy al corriente de los tuyos, Max.

El rubio entornó los ojos.

—No, Jack, yo no hago trapicheos. Esto es un negocio serio. Dirijo el negocio de la compañía minera de Silvertown.

—Desde luego, sois unos caballeros. Y os ponéis los guantes para robar.

Max miró a Jack muy serio y, de pronto, lanzó una carcajada.

—Jack, siempre has sido mi mejor amigo. Yo me preguntaba: «¿Por qué quiero tanto a Jack Martin?».

—¿Y tienes la respuesta?

—Claro que la tengo.

—¿Por qué me quieres tanto, Max?

—Por tu forma de hablar. Siempre estás haciendo los mejores chistes.

—Te voy a contar otro, a ver si te hace gracia.

—Adelante, Jack.

—Una chica viene a Silver City. Se llama Melanie Hasler. Ha heredado una mina de plata de su abuelo. Y aparecen dos tipos que dicen ser empleados de la compañía minera y pretenden comprar su mina por cien dólares.

Max ya no sonreía.

—¿Dónde está el chiste, Jack?

—La chica huyó perseguida por los fulanos. Me encontró a mí en su camino y yo la defendí, dejando a los dos tipos para que hiciesen una visita al doctor.

Max sacudió la cabeza.

—Creo que te entiendo, Jack. Pero tu chiste no me hace ninguna gracia.

—¿No?

—La compañía minera no quiere tratos con gentuza.

—Me gustaría saber que esos dos fulanos obraron por su cuenta.

—¿Quieres que te de mi palabra?

—¿Me la das?

—Claro, muchacho. —Adams le pasó una mano por los hombros y lo llevó a una mesa donde había botellas de *whisky* y otros licores —. Jack, la compañía minera de Silvertown es una sociedad muy seria. Nosotros hacemos las cosas de acuerdo con la ley. Tengo una gran responsabilidad por ser el gerente. Pero, al mismo tiempo, tengo un pie dentro y otro fuera. Lo que quiero decirte es que si yo hiciese algo feo que llegase a los oídos de las altas esferas, me harían saltar por la ventana. Esta compañía tiene muchas pertenencias mineras. Si seguimos comprando es porque los propietarios están de acuerdo en vender.

—Entonces, Melanie Hasler podrá seguir siendo la dueña de su mina.

—En lo que a nosotros respecta, esa amiguita tuya puede estar tranquila.

—Gracias, Max.

—¿Qué es eso de gracias? No tienes que dármelas, Jack. Tú y yo somos dos viejos compañeros y vamos a brindar por aquellos tiempos.

Max escanció en dos vasos que hicieron entrechocar.

—Por lo de Abilene —dijo Adams—, cuando tuvimos que saltar desde un segundo piso porque habíamos organizado la juerga más grande de todos los tiempos.

Jack se echó a reír.

—Y escapamos del *sheriff* por los pelos.

Los dos bebieron y continuaron riendo.

—Me voy, Max.

—¿Tan pronto?

—Le prometí a Melanie Hasler que resolvería su problema. Me está esperando en la comisaría y quiero darle cuanto antes la noticia.

—Ven pronto por aquí, Jack. Ya sabes el camino.

—Descuida, volveré.

Jack estrechó la mano de su antiguo compañero de andanzas y salió del lujoso despacho.

Al quedar a solas, la sonrisa desapareció del rostro de Adams.

Se dirigió con paso resuelto hacia una puerta que estaba disimulada al fondo.

—¡Luke!

Un hombre apareció inmediatamente.

—Diga, señor.

—¿Dónde están Douglas y Slin?

—Acaban de llegar.

—¡Que pasen!

Luke miró hacia la habitación de donde había llegado e hizo una señal con la cabeza.

Slin y Douglas entraron en el despacho de Adams. El primero tenía las narices rotas. Contenía la hemorragia con un pañuelo. El segundo tenía la mano en la mandíbula, y al intentar hablar descubrió que le faltaban dos dientes.

Max los observó con atención. Una venilla se hinchó en su sien derecha.

—¡Sois un par de inútiles!

—Lo siento, señor Adams —contestó Douglas—, pero habríamos

hecho el trabajo de no ser por un entrometido.

—Jack Martin, ¿verdad?

—Le llaman también Jack el Guapo.

—Es el más importante trabajo que os he confiado y falláis lastimosamente.

Luke intervino:

—Señor Adams, ya le dije que esta misión no era para Douglas y para Slin.

—Sí, Luke, ya estoy convencido. Pensé que Douglas y Slin podían conseguirlo sin necesidad de armar jaleo. Se ha demostrado, con nuestros análisis del laboratorio, que el filón más grande de Silver City corre por la pertenencia de Jonathan Hasler. El viejo borracho era dueño de nada menos que un millón de dólares. Y se murió sin saberlo. Y ahora hay una heredera, Melanie Hasler.

—A ella le pasa como a su abuelo —repuso Luke—. No sabe que el filón está allí. Hicimos un buen examen del terreno. El fondo de la galería se encuentra todavía a unos veinticinco metros del filón. Esa chica no puede horadar sola. Necesita gente, empleados o maquinaria adecuada, si quiere ir deprisa.

—No podemos consentir que llegue al filón, Luke. Tenemos que adueñarnos de su mina sin correr riesgos. Dime, Douglas: ¿cuánto le ofreciste a la chica?

—Cien dólares.

—¡Pedazo de idiota! ¡Te dije que le ofrecieses mil!

—Creí que con cien dólares se conformaría.

—Pero no se conformó. Y en lugar de subir la oferta, lo quisisteis arreglar por la violencia. ¿No es verdad?

Douglas y Slin bajaron la mirada al suelo.

—¡Os he hecho una pregunta!

—Sí, señor —contestó Douglas—. Slin se puso los nudillos de bronce.

—¡Imbéciles!

—Otras veces ha dado resultado, señor Adams. Y pensamos que, como se trataba de una mujer, sería más fácil.

—Pero consentisteis que ella se os escapase.

—No se escapará la próxima vez.

—Para vosotros no habrá segunda vez.

—¿Quiere decir que nos despide, señor Adams?

—No, no os voy a despedir. Pero el asunto de Melanie Hasler no es de vuestra competencia. ¡Largaos de aquí y que os curen!

Douglas y Slin salieron del despacho como dos perros apaleados.

Luke Roberts era un hombre fornido, de frente ancha y nariz aguileña.

—¿Qué tiene en la cabeza, señor Adams?

—Me fastidia que Jack Martin se haya metido por medio. Esa Melanie Hasler tiene que ser muy bonita cuando Jack se ha preocupado tanto por ella. Hacía más de un año que no veía a Jack. Y de pronto viene aquí para interceder por la muchacha. Tendré que conocerla para saber por dónde atacarla.

CAPÍTULO VI

—¡Estoy segura de que eran agentes de la compañía minera! —gritó Melanie en la oficina del *sheriff*.

Jack la tomó por los brazos.

—Ya te he dicho que estuve hablando con Max. La compañía minera no tiene nada que ver con esos fulanos.

La joven dio un suspiro.

—¿Entonces?

—Si lo intentan de nuevo, los meto en la fosa.

—¿Por qué lo has hecho, Jack?

—Es lo que me pregunto yo. Y tengo la respuesta.

—¿Cuál?

—Porque me gustas —dijo Jack, y le guiñó un ojo. Se inclinó sobre ella para besarla, pero Melanie se desasió.

—Eh, chica, ¿por qué huyes?

—Te agradezco el favor. Pero yo no soy una *girl*. ¿Lo entiendes, Jack Martino?

—¡Martin!

—¡No soy una *girl*! ¡De modo que no pretendas tratarme como a una de ellas! ¡Hasta la vista!

La joven salió de la oficina pegando un portazo.

Jack levantó los brazos al techo.

—¿Qué te parece, abuelo? Uno se preocupa de una mujer. ¿Y qué es lo que pasa?

—Que ella te da con la puerta en las narices.

—Sí, faltó poco para eso.

El *sheriff* se echó a reír.

—Ya encontraste, la horma de tu zapato, Jack.

—¿Te refieres a esa niña?

—Yo no diría que es una niña.

—De acuerdo, tiene cosas de mujer. Pero es una caprichosa. Te lo digo yo, que entiendo de mujeres. ¡Es de las que esperan cazar a un tipo con lazo y convertirlo en un borreguito!

—¿Estás describiendo el matrimonio?

—Sí, *sheriff*. El matrimonio. ¿Acaso no es eso?

—Bueno, yo me casé una vez, como tú sabes, y me fue bastante bien. Lo malo es que Emma murió. No quise tener otra esposa por respetar su memoria. Pero si encontrase otra Emma en mi camino, te aseguro que me casaría de nuevo. Si ése es un error, vivan los errores. Si casándome con Emma me convertía en un borreguito, vivan todos los rebaños de borregos.

—Quédate con tu filosofía barata, abuelo. Yo soy un hombre libre, ¿lo oyes? ¡Libre! ¡Y no quiero perder mi libertad a ningún precio!

—Entonces, no te acerques por la mina de Melanie.

—¿Por qué no me he de acercar?

—Esa chica es como Emma. Tiene un lazo. Y te podría cazar.

—¡Muérete, *sheriff*! —dijo Jack, y salió malhumorado de la oficina.

Se abrió paso por entre la gente.

Pero de pronto alguien tropezó con él y estuvo a punto de caer en el barro.

—Eh, mulo, ¿es que no tienes ojos en la cara? —le preguntó Jack.

El otro le contestó:

—Tengo ojos y también puños.

Jack lo atrapó por el cuello de la camisa y su rival lo cogió, a su vez, por la solapa de la chaqueta. Y los dos echaron el puño atrás para golpearse. Pero se quedaron quietos, mirándose fijamente.

—¡Jack!

—¡Rock!

—¡Jack Martin!

—¡Rock Barnes!

—Muchacho, ¿dónde te metiste?

—Creí que estabas en... —Jack se interrumpió y mordióse el labio inferior.

—En la cárcel —le ayudó Rock.

—Lo siento.

—¿Por qué has de sentirlo? Es la verdad. He estado una temporada en la ratonera, casi tres años.

—Me dijeron lo que te pasó. Y lo sentí mucho, Rock.

—¿De modo que estás en Silver City? ¿Minero?

—No, comercio con mercancía.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Jack?

—Desde que se encontró la primera plata.

—Entonces, quizá me puedas servir de ayuda.

—Desde luego. Eso está hecho. Anda, te invito a un trago.

Fueron al *saloon* y cuatro *girls* corrieron hacia ellos.

Jack las detuvo.

—No, muchachas. Ahora, no. Mi amigo y yo tenemos que hablar.

—Pero, Jack, yo creí que íbamos a organizar una juerga.

—Habrá juerga por todo lo alto, Pero ahora tengo que hablar con mi amigo. Haceos humo.

Las *girls* se alejaron de mala gana.

Jack y Rock se sentaron en una mesa del fondo, donde había menos gente. No despegaron los labios hasta que un camarero les puso sobre la mesa una botella de *whisky* y dos vasos.

—A tu salud, Rock.

—A la tuya.

Rock chasqueó la lengua.

—¿Te van bien las cosas, Jack?

—De maravilla. Y también marcharán bien para ti ahora. Puedo emplearte, Rock.

—No, gracias.

—Oye, Rock, estoy dispuesto a pagarte cien dólares a la semana.

—¿Tanto?

—Estoy metido en un negocio donde hay muchos beneficios.

—Caramba, debe ser muy bueno.

—Lo es. Estos mineros comen y beben de lo mejor. Y yo me ocupo de que no les falte de nada. Tengo algunos competidores, pero yo soy el que casi siempre se lleva el gato al agua. Rapidez y saber comprar.

—Quizá más adelante acepte, Jack.

—Como tú quieras. Pero dijiste que yo te podía ayudar.

—Me refería a otra clase de ayuda.

—Tú dirás.

Rock bebió un trago de *whisky* y luego dijo:

—Vengo de Álamo Spring, el último sitio donde estuvo mi mujer. Trabajaba allí como *girl*. Me informaron que se largó con un tipo llamado Peter Morris.

—Rock, ¿es que quieres empezar otra vez? Me dijeron por qué te metieron en la cárcel. Te casaste y tu mujer no te salió como creías. ¿Por qué no la olvidas?

—¿Olvidarla, Jack? Maté por ella a un hombre. Y pasé más de tres años en la cárcel.

—¿Te has preguntado si ella merecía eso?

—No he venido aquí para contestar a tu pregunta, Jack. Ella se llama Rosie. Es rubia, de veintiocho años, hermosa. Y también su rostro es como no hay otro.

—La mirada de Rock se perdió en el vacío. —Tiene la cara más bonita del mundo, con unos ojos verdes y grandes, largas pestañas, los pómulos un poco salientes. Y la boca roja, tan roja como una herida. Y sus labios son frescos como si los hubiese pasado por la nieve.

Jack puso su mano sobre la de Rock, y éste pareció darse cuenta de que estaba hablando con su amigo.

—¿La has visto, Jack?

—No.

—Bueno, me he dado cuenta de que en Silver City hay miles de personas. Es lógico que no la hayas visto. ¿Te dice algo el nombre de Peter Morris?

—No.

—Entonces, no me puedes ayudar.

—Claro que puedo, Rock.

—Te lo agradeceré mucho.

—Tienes que hacer como si Rosie se hubiese muerto.

—¿Cómo dices?

—Es la idea que tienes que meterte en la cabeza. Rosie ha muerto.

—¡No ha muerto!

—Está muerta y enterrada para ti.

Rock inspiró profundamente.

—¿Es la clase de ayuda que me ibas a prestar?

Se puso en pie.

—Siéntate, Rock.

—No, Jack, ya no quiero seguir hablando contigo.

Rock echó a andar rápidamente. Y Jack no hizo ningún gesto para detenerlo. Sabía que si lo intentaba tendría que pelear con él.

Rock estaba ciego. Completamente ciego. Llevaba metida a su mujer, a Rosie, en la sangre como un veneno. Y el tiempo que permaneció en la cárcel solo había servido para una cosa: para envenenarlo más.

El viejo que había anunciado la llegada de Jack con el cencerro se acercó a la mesa.

—¿Me invitas a un trago, Jack?

—Claro que sí, Glen.

El viejo cogió el vaso que había estado usando Rock, y después de vaciarlo en su garganta lo llenó.

—Te veo muy preocupado, Jack. ¿Es por la chica que conociste en tu fiesta particular?

—Un poco por ella. Y un poco por el tipo que se acaba de marchar.

—¿Es tu amigo?

—Trabajábamos juntos en un rancho hace cosa de seis años. El fue a llevar un rebaño con nuestro patrón. Yo me tuve que quedar porque tenía paperas. Ojalá el de las paperas hubiese sido Rock.

—¿Por qué?

—Rock ya no volvió al rancho. Conoció a una *girl* en el *saloon* de la ciudad donde llevó el rebaño y se casó con ella. Al cabo de algún tiempo, Rosie, que así se llamaba aquella *girl*, se largó con otro hombre. Rock fue detrás de ellos, los sorprendió y mató al tipo.

—Demonios.

—Mi amigo acaba de salir de la cárcel y busca a su mujer. Dice que está en Silver City.

—¿Quién de ellas es?

—Rock me ha dado su descripción y no coincide con ninguna de las chicas que conozco. Pero tú estás en todas partes, Glen, y quizá la hayas visto.

Jack le dio la descripción que Rock le había hecho de su mujer.

Glen ya había llenado dos veces el vaso. Mientras se rascaba la

cabeza, repetía:

—Rubia, ojos verdes muy grandes, pómulos un poco pronunciados. Caramba, ¿dónde he visto yo una mujer así?

—¿Quieres decir que la has visto?

—Sí.

—¿Dónde, Glen?

—No me acuerdo.

—¡Tienes que acordarte, Glen! ¡No quiero que Rock vuelva a la cárcel! Matará a Rosie o al tipo que la acompaña. O quizá mate a los dos.

—Y es posible que lo maten a él.

—Por eso debo impedir que ocurra algo malo para Rock. ¿Dónde viste a esa mujer, Glen?

—Espera, diablos. Tengo que iluminarme un poco.

Glen bebió el cuarto vaso de *whisky* y siguió pensando. De pronto, hizo chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo!

—¿Dónde?

—Hotel Margot.

—¿Estás seguro?

—La vi en el vestíbulo. Ya sabes que barro el vestíbulo a cambio de medio dólar. Ese avaro de Spencer no me da más. La vi bajar la escalera. Valía la pena mirarla porque es una mujer muy llamativa.

—¿Iba sola?

—En el momento en que yo la vi, iba sola.

—Gracias, Glen.

Jack sacó un billete de a cinco dólares.

—Ahí tienes, Glen. Paga la botella y quédate con el resto.

—Gracias, Jack.

Jack abandonó el *saloon* y se encaminó al hotel Margot.

Spencer Teide, que era el dueño del hotel, y al propio tiempo el que llevaba el registro, por no pagar un empleado, tenía la cabeza completamente calva y la nariz ganchuda. Era lo más parecido a un buitre.

—Hola, Spencer.

—Jack, no hay habitación para ti. Y si crees que me la vas a pegar como otras veces diciendo que es para ti solo, y luego vas a meter a dos *girls* por la ventana, el truco no te servirá, porque no te

daré ninguna llave.

—Spencer, lo malo que tienes es que le gustaría estar en mi lugar.

—¿Qué?

—Sí, Spencer. Te gustaría estar en una habitación y que las *girls* arrojasen chinitas a tu ventana para que las subieses.

Spencer se echó a reír.

—Tienes buen humor, Jack.

—Quiero hablar con una de tus huéspedes.

—De mujeres, nada.

—Se llama Rosie y no sé con qué otro nombre se habrá inscrito. Es posible que esté un hombre con ella. El es Peter Morris.

—Oye, Jack. No quiero líos. Lárgate.

Jack atrapó a Spencer por el cuello.

—¡Cuidado, Jack, que me ahogas!

—¡Escupe!

—Se llama Rosie. Y él, Peter Morris. Es su marido. La señora Morris está en la habitación número 12.

—¿Se encuentra allí ahora?

—Sí.

—¿Con su maridito?

—No, está sola.

—Gracias, Spencer. Eres muy amable.

Jack se dirigió hacia la escalera.

—Por lo que más quieras, Jack —gimió Spencer—. ¡No quiero jaleos en el hotel!

Jack llamó en la puerta número 12. Ésta se abrió bruscamente y una mujer dijo:

—¡Peter!

Pero se quedó sorprendida al ver que no era Peter. Jack se dio cuenta de que Rock tenía razón. Rosie era hermosa, muy bella.

CAPÍTULO VII

—Hola, Rosie.

—¿Quién es usted?

—Jack Martin. Vendedor.

—Váyase. No compro nada.

Ella fue a cerrar la puerta, pero Jack se lo impidió.

—No vengo a venderle ningún artículo.

Rosie sintió miedo. Aquel hombre no llevaba ninguna estrella, pero podía ser un vigilante del Banco de Silver City. Quizá habían entrado en sospechas por culpa de aquellos dos estúpidos que Peter Morris había elegido como cómplices para ayudarle en el asalto.

—Mi marido no está.

—Lo sé. Rock Barnes no está aquí.

Rosie agrandó los ojos.

—¿Rock Barnes? Se equivoca. Mi marido es Peter Morris.

Jack empujó la puerta.

—¡He dicho que se marche! —exclamó Rosie.

Jack ya estaba dentro y cerró la puerta.

—Rosie, usted me importa un rábano. Admito que es muy atractiva y comprendo por qué Rock Barnes se enamoró de usted. Pero no le jugó limpio a Rock.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Jack Martin.

—Oh, sí, ya entiendo. Rock tenía un amigo que se llamaba Jack. No se cansaba de hablar de usted. Habían corrido muchas aventuras juntos. Usted, por lo visto, enamora a todas las mujeres. ¿Ha venido a eso? ¿A enamorarme?

—Si yo tratase de enamorar a una mujer como usted, me tiraría a un pozo.

—Ojalá estuviese lleno de agua y no supiese nadar. ¡Y ahora, lárguese! Si Peter llega y lo encuentra aquí, lo va a hacer pedazos.

—Que venga. Y ya veremos quién hace pedazos a quién.

—Oiga, ¿qué es lo que pretende?

—Rock está en Silver City.

Rosie se asustó.

—¿Rock?

—Sí, señora Barnes.

—¡No soy la señora Barnes!

—Apuesto a que no se divorció de él.

—No tuve tiempo.

—Entonces continúa siendo la señora Barnes… Pero entiéndalo, Rosie, no tengo ningún interés en que lo sea. Lo que me importa es que Rock no cometa una nueva barbaridad por culpa de usted.

—¡Yo no le dije que matase a Clark!

—Y tampoco le ha dicho que mate a Peter Morris. Usted encuentra fácilmente un sustituto. Primero fue Rock, luego Clark. Y ahora Peter. Apuesto a que, después de Peter, habrá otros.

Rosie le quiso soltar una bofetada, pero Jack se lo impidió atrapándola por la muñeca.

—¡Es usted un puerco!

—Sólo estaba haciendo un análisis de la situación, señora Barnes. ¿Es que no se le mete en la cabeza que sólo trato de impedir que Rock se vuelva a manchar las manos de sangre?

—¿Y qué se le ocurre para evitarlo?

—Lárguese de aquí cuanto antes, ¿me oye?

—No puedo. Ya le he dicho que estoy con un hombre, con Peter Morris. Le quiero.

—El país es muy grande. Ustedes dos deben marcharse antes de una hora. Y procuren no dejar ninguna pista.

—¿Y adonde quiere que vayamos?

—Por mí se pueden ir a la Patagonia y a Alaska. Me da lo mismo.

—¿Es que no se da cuenta de que Rock Barnes es un hombre que tiene el demonio en el cuerpo? ¡Nos seguiría a la Patagonia o a Alaska!

—¿Y quién le metió el demonio en el cuerpo, señora Barnes?

—Oiga, si es verdad que es usted un hombre que entiende de

mujeres, debe comprender que también hay algunas de nosotras para las que el amor no existe. Únicamente me interesa una cosa, señor Martin. El dinero, ¿me entiende? ¡El dinero! Rock me engatusó. Creí que era un hombre con agallas.

—Rock tiene agallas.

—No las suficientes.

—¿Para qué, señora Barnes? Dígamelo. ¿Para qué cosa no tenía Rock bastantes agallas?

—¡Váyase, no quiero decirlo!

—Creo que la entiendo Usted quería dinero y Rock sólo era un *cow-boy* que ganaba medio dólar por día. Pero manejaba muy bien el revólver.

—Déjeme en paz.

—Estoy uniendo las piezas del rompecabezas, señora Barnes. Usted propuso a Rock que robase.

—Maldito. Váyase al cuerno.

—¿Qué tenía que asaltar, Rosie? ¿Una diligencia? ¿Un Banco?

Rosie se sobresaltó. Aquel hombre era listo. Condenadamente listo. Un poco más y deduciría por qué estaban allí Peter Morris y ella.

Jack la volvió a coger de la muñeca.

—Conteste, señora Barnes. ¿Es eso lo que usted quería de Rock?

—Sí.

—¿Y qué tenía que asaltar?

—Una diligencia.

—Rosie estaba fuera de sí. —Transportaban cincuenta mil dólares oro. Era la paga del ejército. No le habría pasado nada a Rock. Los oficiales y los soldados se habrían quedado algún tiempo sin cobrar. Pero luego habrían recibido su sueldo. Ningún particular habría sido dañado en el bolsillo. Era un golpe perfecto. Yo le hubiese echado una mano a Rock viajando en la diligencia como pasajera. En un momento determinado, en el lugar elegido por mí, yo hubiese sacado el revólver y hubiese parado el carruaje. Rock se habría limitado a salir a nuestro encuentro con su caballo, y otro para mí. Habríamos atado a los tipos de la diligencia. Eso era lo que tenía que hacer Rock. ¡Ayudarme! ¡Y no lo hizo!

—Y por eso llegó a la conclusión de que no era el marido que

usted necesitaba.

—Sí, señor Martin. A ese imbécil no le servía para nada su habilidad con el «Colt».

—Y apuesto a que preparó el golpe con Clark.

—Sí, pero Rock me perseguía como la peste. Y eso fue para mí: la peste. Liquidó a Clark un día antes de que diésemos el golpe.

—¿Por qué no dijo eso en el juicio?

—Porque no me dio la gana.

—¿Se da cuenta de que si usted hubiese declarado eso habrían dejado a Rock en libertad?

—¿Para qué quería a Rock en libertad?

—Pudo convencerle para que le concediese el divorcio.

—Rock se habría opuesto siempre.

—Entonces lo habría conseguido sin su consentimiento. La ley estaría siempre de su parte, señora Barnes.

—Parece mentira que diga eso, señor Martin. Hace un momento lo acertó. Rock tiene el demonio en el cuerpo. Antes que concederme el divorcio, él me habría estrangulado.

—O usted lo habría matado de dos balazos.

Rosie sonrió.

—Sí, Jack. Lo hubiese intentado. Téngalo por seguro.

—Es usted toda una mujer.

—Gracias.

—¡Una mala mujer!

—¡Cerdo!

La puerta se abrió de golpe y Jack vió a un hombre con un revólver en la mano.

—Querida, ¿quién es el de las cuatro palas?

Jack sonrió mientras se apartaba de Rosie.

—Jack Martin.

—Vaya, el mismísimo Jack el Guapo.

—Y usted debe ser Peter Morris.

El hombre que iba a asaltar el Banco de Silver City cerró la puerta y se apoyó en ella. Seguía apuntando con el revólver a Jack Martin.

—Conque no le basta con las *girls* del *saloon* y vino aquí a enamorar a mi mujer.

—¿Su mujer, Peter?

Rosie intervino:

—No te canses, Peter. Lo sabe todo.

Peter Morris dio un respingo.

—¿Qué es lo que sabe?

Rosie comprendió que Peter se asustaba por lo del asalto.

—Querido, Jack sabe que no estoy casada contigo y que sigo siendo la señora Barnes.

Jack sonrió.

—Dígale lo que le falta por conocer, Rosie.

—Mi marido está aquí, Peter.

Morris hizo una mueca. Estaba maldiciendo para sus adentros. Todo se complicaba. Sí, había demasiadas complicaciones en aquel asunto. Había cometido ya tres asaltos y siempre le resultaba bien. Pero las tres veces anteriores, el botín había sido de poca monta. La primera vez fueron trescientos dólares, la segunda cerca de mil, y la tercera, mil doscientos. Había sido un duro aprendizaje para dar el golpe definitivo. Y entonces encontró a Rosie. Era la mujer que necesitaba para acabar la asignatura. Y no se equivocó. Rosie le sugirió la idea de llegarse a Silver City y asaltar el Banco de aquella ciudad Probablemente, no existía en todo el país un Banco como aquél, en que los mineros depositaban su plata y en el que la compañía Silvertown, durante un día o dos a la semana, tenía almacenados montones de billetes para pagar su nómina. Era un botín de un cuarto de millón. El mayor asalto de la historia. Y ahora, aquel fulano, Jack Martin, decía que el marido de Rosie estaba allí. Rock Barnes, que mató al hombre que encontró con su mujer. Y ahora él, Peter, estaba con Rosie.

—Peter —dijo Jack—, estaba proponiendo a Rosie que se marchasen en una hora. Yo haré lo que pueda para que Rock no vaya detrás de ustedes. Es el acuerdo que les conviene.

—Está bien.

—¿Acepta?

—Acepto. Nos iremos en una hora. Pero tiene que prometernos que detendrá a Rock.

—He dicho que haré todo lo que pueda.

—Márchese ahora, Jack.

Peter enfundó el revólver.

Jack hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No estén aquí más de una hora.

—Nos iremos. Descuide.

Jack hizo un saludo con la mano y salió.

Cuando Rosie y Peter hubieron quedado a solas, Rosie exclamó con ira:

—¿Es que vas a abandonar el asalto?

—No digas tonterías. Lo único que quiero es que Jack Martin detenga a ese loco. Abandonaremos el hotel y nos iremos a la cabaña de Brandy Bosley.

Rosie se echó a reír y corrió a colgarse del cuello de Peter.

—Sabía que tú tienes agallas.

Los dos se besaron en la boca.

CAPÍTULO VIII

Jack encontró a Rock Barnes en el mostrador del *saloon* Vanity.

—Hola, muchacho, tengo noticias para ti.

—No me interesan.

—Son respecto a Rosie.

La cara de Rock cambió instantáneamente.

—¿Dónde está?

Jack hizo una señal hacia un hombre que portaba una estrella.

—Te presento al *sheriff* de Silver City, Rock. Se llama Chester Connors.

Jack había hablado con Connors en la comisaría y le había contado el asunto, y logró convencerle para que hiciese su papel.

—*Sheriff*, ¿quiere informar a Rock Barnes acerca de Rosie?

El *sheriff* Connors carraspeó.

—Estuvo por aquí hace unos días con un fulano. El se llamaba Peter Morris. El tipo no tuvo suerte. Se emborrachó y participó en una reyerta. Murió de una cuchillada. Está enterrado en el cementerio.

—¿Y ella?

—Se fue.

—¿Adónde?

—Le pregunté adonde se dirigía y me dijo que a San Francisco.

Rock se pasó una mano por el cabello.

—Gracias, *sheriff*.

—No hay de qué, muchacho.

—Hasta luego —dijo Connors, y se retiró.

Jack pidió un *whisky*.

—Rock, el país es muy grande —dijo—. No puedes ir en busca de Rosie. Puede estar en Nueva York, en San Francisco e incluso

haber salido del país. Ya hace cerca de tres años que no la ves. Te puedo presentar a otras mujeres. Todas son hermosas y bonitas.

—Yo quiero a Rosie —contestó Rock, con voz ronca.

—Ella no vale la pena, Rock. Te lo aseguro Una mujer que se porta con un hombre como ella se portó contigo no merece ni una lágrima.

—¡Cállate!

—Estoy alojado en el hotel Tracy, habitación 8. Hay dos camas. Ven conmigo.

—Quizá vaya más tarde. Ahora me quedaré por aquí.

Jack se dio cuenta de que era mejor dejar a Rock a solas. Estaba claro que había creído al *sheriff* y que no buscaría a Rosie y a Peter en Silver City Eso daría tiempo a que Rosie y Peter se largasen.

—Hasta luego, Rock.

—Gracias por haberte molestado, Jack.

—No hay de qué, muchacho.

Jack salió a la calle. Estaba asombrado de que a él le estuviesen ocurriendo tantas cosas en tan poco tiempo. Primero aquella chica, Melanie, a la que había conocido en circunstancias humorísticas. Luego, Max Adams, al que no había visto en más de un año. Y por último, Rock Barnes, con el que seis años atrás había trabajado en un rancho. Así era la vida. Pasaban días y semanas sin que ocurriese nada. Y, de pronto, como si el destino quisiese jugar con los seres humanos, todo se aglomeraba.

Melanie estaba lavando unas ropas fuera de la cabaña, en el riachuelo que pasaba por allí y cuyas aguas se usaban para lavar el mineral.

—Hola —dijo una voz.

Se volvió y quedóse perpleja al ver a un tipo elegante, de bigote recortado, cabello rubio.

—¿Viene de un entierro?

El rubio se echó a reír.

—Oh, no. Mi nombre es Max Adams.

—¡El amigo de Jack Martin!

—Sí, Melanie.

—Ya veo que se acuerda de mí, señor Adams.

—Usted ganó mi simpatía a través de la conversación que sostuve con Jack. No quise creerle.

—¿Qué cosa? ¿Lo de los bandidos que querían comprarme mi mina?

—Eso lo creí. Aunque esos hombres no eran agentes de la compañía minera.

—¿Qué es lo que no creyó entonces?

—Que una mujer fuese a trabajar una mina.

—Pues lo voy a hacer.

—Siento decepcionarla, Melanie. He venido para quitárselo de la cabeza.

—No le comprendo.

Max sacó un papel del bolsillo y lo extendió.

—Observe esto, Melanie. Es un plano de todos los filones de plata que hay en Silver City. Observe los que están marcados en rojo.

—Ya los veo.

—Son los mejores. Los que tienen un valor comercial, desde un punto de vista de explotación rentable. Quiero decir, con la maquinaria correspondiente. Observe que tres de ellos están al norte de la ciudad. La mina de su abuelo, la que es suya ahora, está al sur.

—Donde está el filón número 4.

—Sí, Melanie. Pero observe la distancia que hay entre su mina y el filón número 4.

—Aquí dice cinco millas.

—Sí. Melanie. Y su pertenencia sólo llega a las dos millas. Por tanto, aunque usted horadase en su mina, no encontraría plata bastante para justificar su esfuerzo. Sólo encontrará insignificantes cantidades de metal.

Melanie lo miró a los ojos.

—¿A eso vino, señor Adams?

—Es amiga de Jack.

—Lo conocí hoy.

—Pero le impresionó mucho, Melanie.

—¿Le dijo él eso?

—No, no me lo dijo. No hacía falta. Jack está acostumbrado a tratar con las mujeres.

—Con las *girls*.

—Y también con las que no son *girls*. Y nunca le vi tan

interesado en una de ellas. Por eso, dado que yo también soy amigo de Jack, e incluso hemos hecho negocios juntos, pensé que era injusto que yo silenciase este hecho. Usted va a trabajar esa mina a cambio de nada.

—¿Por eso me daban cien dólares esos hombres?

—Probablemente, sí. Esos tipos, como los que usted conoció, compran por poco dinero algunas minas que no son rentables. De todas formas, ellos habrían sacado plata por unos mil dólares al cabo de mucho trabajo. Nosotros los llamamos las ratas de la plata. Ya sabe. Van haciendo su agujerito y sacando un trozo de queso de aquí y de allá.

—Le entiendo, señor Adams.

Max dobló el plano y lo guardó en el bolsillo. Exhaló el aire de sus pulmones.

—Comprendo que me debe odiar, Melanie.

—Oh, no, señor Adams. No le odio.

—He roto sus ilusiones.

—Si quiere que le diga la verdad, tenía pocas. Mi abuelo tuvo poca suerte en la vida, y yo menos. ¿Por qué habría de encontrar un auténtico filón de plata?

Melanie se volvió y se echó a llorar.

Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Melanie, le puedo hacer un favor.

—¿A qué se refiere?

—Soy el gerente de la compañía minera. Tengo plena libertad para comprar. Al fin y al cabo, lo que pierdo en una operación, lo gano en otra.

Melanie se volvió, secándose los ojos con un pañuelo.

—¿Trata de decirme que me quiere comprar la mina?

—Y le voy a dar dos mil dólares.

—Oh, no, señor Adams. No lo puedo consentir. La compañía no sacará ni mil.

Adams sonrió.

—Ya le he dicho que puedo hacerlo, puesto que manejo un dinero que no es mío. Pero no lo diga a nadie, o se formaría una cola en mi despacho con la gente que hace un agujero en la montaña y fracasa.

—No se preocupe, señor Adams. No se lo diré a nadie.

—Pásese esta tarde por mi despacho. Tendré preparado el contrato y, naturalmente, el dinero.

—De acuerdo, señor Adams.

—La espero a las cinco.

—No faltaré, señor Adams. Y gracias por el favor que me hace.

—Lo hago porque es amiga de Jack y porque me ha resultado simpática. Hasta luego.

Adams se alejó.

Melanie, al encontrarse a solas, rompió a llorar otra vez. Llevaba un rato llorando cuando oyó una voz:

—¿Dónde están esos tipejos para destrozarles la cara?

Era Jack el Guapo.

CAPÍTULO IX

Melanie, sorprendida, se apartó las manos del rostro.

—¡Jack!

—¿Dónde están? ¿Dónde están esos canallas, Melanie?

—Jack, ¿quieres estarte quieto? No ha venido ningún canalla.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque soy una desgraciada. Mi mina no vale ni los cien dólares que me querían dar aquellos dos hombres.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu amigo Max Adams. Estuvo aquí.

—¿Cuándo?

—Hace un rato. Si hubieses llegado un poco antes, os habríais encontrado.

—Vine por el atajo.

—Tu amigo es estupendo. Me dará dos mil dólares por mi mina.

—¿Por qué dos mil, si vale sólo un centenar?

—Has intervenido en mi favor y Adams ha querido demostrar que me da un trato de favor. Ha dicho que él tiene poder para comprar y vender. Y lo que pierda con mi mina, lo compensará con otras operaciones.

Jack se echó a reír.

—¿Te hace gracia, Jack?

—Mucha.

—Por mí puedes reírte hasta mañana, porque yo no estaré aquí. Esta tarde iré al despacho de Adams, firmaré el contrato y me largaré de Silver City.

—Tú no te vas a ir a ninguna parte.

—¿Qué dices, Jack?

—Aquí hay gato encerrado, Melanie.

—¿Qué?

—Conozco bien a Max Adams. Hicimos negocios juntos. Es un zorro. Pero yo también lo soy. Adams no perdería cinco dólares si pudiese evitarlo. Y según tú, aquí va a perder mil, por lo menos. No, no encaja en la forma de ser de Max.

—Haces mal en pensar así de tu amigo, Jack. Me enseñó un plano.

—¿Un plano?

—En él están reflejados los cuatro filones más importantes de Silver City. Tres al norte y uno al sur, el de esta zona. Pero mi mina queda demasiado lejos de ese filón.

Melanie lloró de nuevo.

—¡Soy una desgraciada! ¡Una pobre desgraciada!

Jack la abarcó por la cintura.

—Eres la más bonita desgraciada que he visto en mi vida.

—He heredado de mi abuelo el gafe.

—Eres la gafe más preciosa que se ha cruzado en mi camino.

—Donde pongo los ojos no crece la hierba.

—Pero crecen las rosas.

—Oh, no, Jack. No crecen rosas. Te lo juro. Una vez miré a un perro, y al minuto ya lo había atropellado un carro. Soy una asesina de perros. Te lo juro, Jack.

Melanie lloró con más desconsuelo y Jack la apretó contra su pecho.

Melanie levantó su bonita cara surcada por las lágrimas, y dijo entre hipidos:

—Todavía no sabes lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Una vez me presentaron al alcalde de Jefferson City. Fue el Día de la Independencia. El alcalde era un tipo gordito. Robaba algo, pero era muy simpático. Y va el alcalde y me dice: «¿Me da un buñuelo, señorita?». Y yo voy y le alargo un buñuelo. Y él va y se inclina. Y como era tan gordito, perdió el equilibrio y se cayó en el barreño de aceite hirviendo. Y el pobre gordito estaba allí dentro gritando: «¡Sáquenme de aquí, que no soy un buñuelo!». Y cuando lo sacaron, ya era demasiado tarde. Y los mal pensados decían: «Menudo buñuelo ha hecho ésta». —Melanie lloró desconsolada—. Pobre gordito… La culpa la tuve yo por ponerme a hacer buñuelos.

Soy una gafe, Jack, y algo malo te va a pasar por estar tan cerca de mí.

Jack le levantó la barbilla y la besó en la boca.

—¿Qué haces, Jack?

—Es que quiero que me pase lo peor.

—Pues ándate con cuidado porque te la ganas. Seguro que te la ganas. ¿Tienes algún enemigo?

—Muchos.

—Pues será mejor que te metas en un hoyo y no salgas. Estoy segura que en cuanto llegues al pueblo, empiezan a dispararte desde todas las esquinas.

Jack rió.

—Melanie, es una presunción absurda. Nadie es gafe.

—Que te crees tú eso. ¿Es que no lo viste? Tenías una fiesta organizada por todo lo alto con aquellas *girls*. ¿Y qué pasó? Llegué yo y te la estropeé.

—Me gustó que la estropeases. Durante un rato te tuve sentada sobre mis rodillas y te pude tomar las medidas.

—¿Mis medidas?

—83 de busto.

—¡Oh, sí!

—83 de cadera.

—¡Oh, sí!

—42 de cintura.

—¡Cielos, qué ojos!

—Las manos también trabajan.

Melanie le pegó en el pecho, apartándole de ella.

—No me gusta eso, Jack.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Que tienes mucha experiencia para tomar medidas.

—No voy a negarlo.

—No me gusta eso de que estés en un reservado con tantas mujeres.

—Melanie, peor sería que me encerrase con una. ¿No te parece? Les resulto simpático a todas y las trato bien. Les hago regalos. Pero no es por interés.

—Y ellas también te regalan a ti algo.

—Hombre, uno no es tonto.

—¡Menudo caradura estás tú hecho!
—Melanie, voy a ver a Max.
—¿Para qué?
—Para estropearle la operación.
—¿No te lo dije? ¡Ya tienes metido el gafe! ¡Y me vas a arruinar!
—Te dije que hay gato encerrado en el gesto amistoso de Max. Y lo sigo diciendo.
—Oye, Jack, no me hagas perder los dos mil dólares. A ver si de una vez suelto el gafe.
—Te digo que no eres gafe. Todo lo contrario. Eres sensacional. Tienes que convencerte a ti misma.
—¿Convencerme?
—Tienes que decirte una y otra vez: ¡Soy afortunada! ¡Soy afortunada!
—¡Es que no lo soy, Jack! ¡Todavía no le conté algo muy personal!
—¿Qué cosa?
—El hombre más rico de Saratoga Spring me pidió por mujer. Y yo le dije que sí.
—¿Te llegaste a casar?
—No. Una hora después, el tipo estaba arruinado. Y se pegó un tiro.
—¡Melanie!
—¿Lo ves? No quería decírtelo porque, después de la muerte de aquel tipo, los hombres solteros que me veían por la calle echaban a correr. Se produjeron manifestaciones en Saratoga Spring para que abandonase el pueblo.
Jack la abarcó por la cintura.
—¡Melanie, nunca he creído en esas cosas! ¡Y no voy a empezar a creer en ellas ahora!
Sonó un estampido y la bala silbó por encima de la cabeza de Jack.
—¡Al suelo, Melanie!
Jack atrapó a la joven y se la llevó al hoyo más cercano, al riachuelo. Quedaron mojados desde los pies hasta la cabeza. Tenían la cabeza junta y Melanie dijo:
—¿Crees o no crees que soy un gafe? Ni siquiera esperaron a que llegases al pueblo.

—¡Maldita sea!
—¡No asomes la cabeza, Jack! ¡No la asomes, porque te afeitan!
—Yo voy a afeitar al tipo ése.
—¿Quién es?
—Yo qué sé.
—Dijiste que tenías muchos enemigos.
—Pero no son enemigos para que me disparen a traición.
—No lo eran hasta que me conociste a mí, Jack. Pero a partir de ahora, apuesto a que se te hunden los tablones de la acera cuando pongas los pies sobre ella. ¡Soy una desgraciada!
—Sígueme hablando.
—¿Cómo?
—Que sigas hablando como si estuviese aquí. Llámame por mi nombre. Habla en voz alta, para que se oiga desde lejos.
—Como tú quieras.
Jack se deslizó por el riachuelo hacia la puerta trasera de la cabaña.
Mientras tanto, oyó a Melanie que decía:
—Jack, ¿no te he contado lo que le pasó al alcalde de Jefferson City? Era un gordito simpático… Robaba, pero era muy simpático…
Jack sonrió, mientras daba la vuelta a la cabaña.
Oyó otro estampido.
El que disparaba había mandado el proyectil hacia el lugar donde estaba Melanie. Jack se sintió corroído por la rabia. Se detuvo unos instantes. Dio un suspiro de alivio al escuchar la voz lejana de Melanie que estaba diciendo:
—¡Un buñuelo, Jack! ¡Sacaron al alcalde como un buñuelo!
Siguió su camino y llegó ante una roca.
Se asomó poco a poco.
Vio a un hombre que estaba de espaldas. Era el que disparaba hacia el lugar donde se encontraba Melanie.
De pronto, la bota derecha de Jack hizo rodar un guijarro.
Aquel hombre se volvió con el revólver en la mano y disparando.
Jack apretó el gatillo también.

CAPÍTULO X

El asesino se desplomó después de recibir un impacto en el pecho.

Jack Martin corrió hacia él, con la esperanza de que su víctima sólo hubiese sido herida.

Pero ya había muerto.

No lo había visto nunca antes de ahora. Pero estaba claro que era un pistolero, como lo pregonaba la funda baja, asegurada al muslo con tiras de cuero.

En aquel momento oyó a Melanie que gritaba llorosa:

—Jack, ¿te han matado? ¿Verdad que te han matado? Sabía que te matarían. ¿Por qué no me hiciste caso? ¡Soy una gafe!

—¡Aquí estoy, Melanie!

Jack vio llegar a la joven.

—¡Jack, estás vivo! ¡No puede ser!

—Este hombre ni siquiera me hirió.

—¿Y él?

—Está muerto. Y si lo conoces, empezaré a pensar que eres efectivamente una gafe.

—No sé quién es, pero murió por haberse acercado a mi mina.

—Tienes una respuesta para todo, ¿eh?

—¿Tampoco lo conoces tú, Jack?

—No.

—Entonces, ¿por qué diablos disparó contra ti?

—Tengo una ligera sospecha. Por aquí cerca debe tener su caballo.

—Efectivamente, encontró su caballo a unos diez metros. Cargó el muerto en la silla y lo aseguró con el lazo.

—¿Qué vas a hacer, Jack?

—Llevarlo a su destino.

—El cementerio.
—No, de momento no es el cementerio.
—¿La comisaría?
—Tampoco.
—¿Cuál es su destino, entonces?
—La compañía minera.

Max Adams rió.
—Sí, Luke, el negocio está hecho. Melanie Hasler vendrá a ofrecer un filón de un millón de dólares a cambio de dos mil.
—Le felicito, señor Adams. Es el mayor negocio que habrá hecho en su vida a favor de la compañía.
—Hay un pequeño detalle.
—¿Cuál?
—Ese filón va a ser mío.
—¿Quiere decir que no va a comprar por cuenta de la compañía minera?
—Me has entendido perfectamente. He trabajado para la compañía con un sueldo y un porcentaje mínimo de beneficios. Siempre he esperado ser yo el único beneficiario de un buen filón, y esta vez lo tengo al alcance de mis manos. Compraré la pertenencia a mi nombre. Ya ves que te doy cuenta de esto porque, tarde o temprano, te habrías informado. Naturalmente, tengo que contar con tu colaboración. Y también recibirás tu premio.
—¿Cuánto, señor Adams?
—Dos mil dólares mensuales mientras el filón esté en funcionamiento.
—Trato hecho, señor Adams.
Sibyla entró inesperadamente.
—Señor Adams.
—Sibyla, le dije que llamase antes de entrar.
—Es que está ahí su amigo. Le he dicho que no podía recibirle y…
—¿Se refiere a Jack Martin?
—Sí.
Jack asomó la cabeza como la otra vez.
—Hola, rubio. ¿Puedo pasar?
—Claro, Jack.
Martin entró en el lujoso despacho.

—Puede retirarse, Sibyla —dijo Adams.

La secretaria salió inmediatamente.

Luke carraspeó.

—Yo también me voy, señor Adams.

—Sí, Luke.

Jack habló cuando ya Luke se estaba alejando:

—¿Por qué no se queda, Luke? Quizá su presencia sea necesaria.

Luke se detuvo y enarcó las cejas, mirando interrogativamente a su jefe.

Adams esbozó una sonrisa.

—Jack, te aseguro que no comprendo lo que quieres decir.

—Es la mar de sencillo. He traído un cadáver.

—¿Un qué?

—Un muerto.

—Eso ya te lo entendí.

—Se trata de un pistolero que quiso asesinarme cuando estaba en la mina de Melanie Hasler. He pensado que quizá tú podrías conocerlo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—O quizá Luke. Al muerto se le puede ver desde la ventana. Está en su silla y al llegar lo puse boca arriba.

Adams le miró fijamente a los ojos.

—Jack, conozco tus bromas, pero ésta es la más pesada que me has gastado en mi vida.

—Observa ese cadáver.

—Como tú quieras.

Adams miró a través de la ventana e identificó el cuerpo sin vida que había sobre el caballo. Era Alex Gibbons, un pistolero al servicio de la compañía minera. Luke lo había contratado un mes antes y había prestado buenos servicios, obligando a seis mineros a que vendiesen sus pertenencias. Mató a otro que se resistió, y facilitó que Luke llegase a un acuerdo con su viuda.

Se volvió diciendo:

—No sé quién es, Jack.

—Su turno, Luke —dijo Jack.

—¿Hasta dónde piensas llegar? —gritó Adams.

—Su turno, Luke —repitió Jack.

Luke miró a Adams y éste le hizo un gesto afirmativo.

El hombre que era su brazo derecho se acercó a la ventana y, después de echar una ojeada al cadáver que estaba en la silla, dijo:

—Tampoco sé quién es, señor Martin.

Jack rompió a reír.

—¿Cuál es el chiste, Jack? —rezongó Adams.

—Me informé antes de venir aquí.

—¿De qué te informaste?

—Deberías saber que no soy forastero en Silver City, Max. Me detuve en el *saloon*, camino hacia aquí. Hice preguntas. Así me pude enterar de que ese hombre, Alex Gibbons, logró convencer a unos cuantos mineros para que vendiesen sus pertenencias a tu compañía.

Hubo un silencio.

—Luke —dijo Max—, ¿qué explicación me vas a dar?

—Perdone, señor Adams. Obré sin su autorización.

—¿Qué quieres decir?

—Yo contraté a ese pistolero.

—Luke, ¿cómo hiciste una cosa como ésa?

—Se dedicó a los mineros que tenían sus pertenencias abandonadas. A tipos que se pasaban el rato jugando y bebiendo. No les gustaba trabajar. Alex Gibbons sólo tuvo que entrevistarse con ellos y sugerirles que nos vendiesen. Ellos lo hicieron encantados, porque el precio fue bueno.

—¿Por cuánto compraste, Luke?

—Pagué a cada vago mil dólares.

Jack intervino con una sonrisa:

—Da la casualidad de que esas minas estaban en el filón del sur. Un filón bastante cuantioso, ¿no, Max?

—Puedes marcharte, Luke.

—Sí, señor Adams.

Luke se dio mucha prisa en salir del despacho.

Los dos hombres que habían negociado juntos se miraron fijamente.

—Jack, si has pensado que yo pagué a ese pistolero para matarte, es que has perdido la cabeza.

—Admito que no le ordenaste que me matase.

—Gracias.

—Pero ese hombre estaba allí para que nadie estropease tu

negocio con Melanie.

—¿Qué dices?… Oh, sí, ya te entiendo. Melanie te ha explicado que voy a comprar su mina. Es un favor que le he querido hacer.

—¿Un favor?

—Por la amistad que nos une a ti y a mí. Ésa fue la razón.

—¿No hay otra?

—Es la única.

—Quítate la máscara, Max.

—Cuidado, muchacho. No te extralimites.

—Apuesto a que la mina de Jonathan Hasler, que ahora pertenece a Melanie Hasler, llega a tocar el filón del sur.

—No, no lo toca por tres millas.

—Es lo que tú dices Pero si yo no me equivoco, esa mina valdría de medio millón para arriba. Y tú la comprarías por dos mil cochinos dólares.

Max llevó aire a sus pulmones. Aquel estúpido de Jack Martin le iba a estropear el negocio. Gracias a la mina de Melanie, llegaría a la cumbre Continuaría siendo el gerente de la compañía minera, pero tendría su filón particular. Prácticamente, dominaría el mercado de la plata en Estados Unidos. Que era como decir en el mundo. Se había visto fuerte, poderoso. Muy pronto se marcharía de Silver City porque Luke se encargaría de la administración de la compañía y de su propio filón. Y él viviría en una casa lujosa, en Nueva York, y viajaría a Europa. Tendría hermosas mujeres. Y de entre ellas elegiría a la mejor de todas para que le diese hijos. Una mujer que, naturalmente, también poseyese una cuantiosa fortuna. Todo eso iba a saltar por los aires por culpa de Jack Martin. No, él no había ordenado a Gibbons que matase a Jack. Pero juró que, ahora, no sólo contrataría a un pistolero, sino a veinte para acabar con su amigo, que le miraba con ojos fríos como el hielo.

—Max, métete esto en la cabeza. Melanie no vendrá a venderte su mina. Déjala en paz. ¿Me oyes bien? ¡Déjala en paz o te mato!

Jack no esperó una respuesta. Dio media vuelta y abandonó la estancia.

CAPÍTULO XI

Jack Martin caminaba por la calle. Estaba lleno de rabia. Un amigo, Max Adams, le había fallado.

De repente oyó una voz a su espalda:

—Jack.

Era Rock Barnes. Otro amigo.

La cara de Rock parecía de piedra. Vino hacia él con paso lento y se detuvo a dos pasos.

—Jack, eres un miserable.

Ya lo había dicho. Y era Rock Barnes, el muchacho con el que había compartido alegrías y penas, seis años atrás, en un rancho. La vida era así. Había tratado como hermanos a Max Adams y a Rock Barnes y ahora los dos, aunque por distintas circunstancias, se revolvían contra él.

—Rosie está aquí, Jack.

—No, Rock. Estuvo pero se fue.

Ya había pasado mucho más de una hora. Y por tanto, Rosie y Peter Morris tenían que estar lejos de Silver City. Lo habían prometido.

Rock dijo:

—Rosie y Peter Morris estuvieron alojados en el hotel Margot.

Era cierto, se dijo Jack. Quizá Rock quiso investigar y preguntó de hotel en hotel hasta que llegó al Margot y se enteró de todo.

—Tú estuviste allí, Jack… Y les avisaste. Hablaste con los dos. ¿Para qué? Para anunciarles mi presencia.

—De acuerdo, Rock. Lo hice.

—Tengo ganas de sacar el revólver.

—No, Rock. Precisamente lo que he hecho ha sido para que no sacases el revólver.

—¡No tenías derecho a hacerlo! ¡No debiste interponerte entre mi mujer y yo!

—Ella no te quiere. Nunca te quiso.

—¿Te confesó más cosas? —inquirió Rock con ironía.

—Rosie te eligió como esposo porque pensó que eras un hombre hábil con el revólver. Rosie había planeado asaltar una diligencia… Los dos juntos robaríais la paga del ejército en Fort Bravo. Pero tú no quisiste cooperar con ella. Por eso empezó a aborrecerte.

Rock apretó los puños.

—¿Dónde están, Jack?

—Se marcharon.

—¡No se marcharon!

—Sólo fui a verlos para conseguir que se largasen, Rock. ¡No quería que fueses otra vez a la cárcel!

—¡Te digo que no se marcharon de Silver City!

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien los vio en la calle no hace ni diez minutos.

—¿Quién?

—Un empleado de un establo. Conoce a un tipo que se llama Brandy Bosley. Y ese Brandy es amigo de Peter Morris. No hace falta que te explique más. Sé que Rosie y Peter abandonaron el hotel, pero se han metido en otra casa, aquí, en Silver City. ¿Dónde, Jack?

—No lo sé.

—¡Tú debes saberlo!

—¡Te digo que no lo sé! Llegué a un acuerdo con Peter Morris. Ellos se marcharían antes de una hora y yo tenía que detenerte.

—Por eso montaste la comedia del *sheriff*.

—Sí.

—¡Me engañaste, Jack!

—Sí.

—¡Te voy a romper el alma!

—¡No lo intentes!

—Debería matarte, pero me conformaré con romperte el alma —dijo Rock, y se lanzó sobre Jack.

Martin quedó quieto y tardó en reaccionar. No quería enfrentarse a un amigo. Quería a Rock como a un hermano y era incapaz de golpearle.

Por eso Rock lo cazó en la cara y lo tumbó en el suelo.

Jack sintió el sabor de la sangre en su boca.

Muchas personas se habían detenido. Se ventilaban muchas peleas en Silver City, pero una más siempre era un espectáculo, y nadie podía saber cuál sería la más emocionante. Aquellos dos tipos eran altos y fuertes y prometían una lucha de gran interés.

—¡Levántate, Jack!

—No quiero pelear contigo, Rock.

—¡Levántate, cobarde!

Empezaron a oírse rumores entre la gente que se iba reuniendo.

—Es Jack el Guapo.

—Pues le van a poner la cara como un tomate, Y tendrán que llamarle de otra forma.

Rock hizo rechinar los dientes.

—¿Quieres que te levante yo, Jack?

—¿Insistes en pelear, Rock?

—Sí.

—Está bien, Rock. Tú lo has querido.

Jack se levantó y Rock le lanzó el puño. Pero esta vez, Jack estaba preparado y esquivó a su amigo. Y cuando éste se vencía, le pegó un zurdazo en el estómago. Y luego un derechazo en el mentón.

Rock Barnes rodó por la calzada, en donde había charcos.

Se levantó embarrado y, después de limpiarse un poco, gritó:

—¡Te voy a hacer pedazos!

Saltó sobre Jack, lanzándole los dos brazos, pero Jack lo esquivó siempre y lo detuvo, pegándole en el plexo solar.

—¿Cómo quieres que te lo grabe en los sesos, Rock? ¡Ella es una cualquiera! No merece un hombre como tú.

—¡Maldito! —dijo Rock, y volvió a la carga.

Jack supo que no había otra forma de librarse de Rock que ganando la pelea. No, no existía otra forma. Le pegó en el hígado, en el estómago, y finalmente en el mentón.

Rock dio una vuelta de campana y quedó boca abajo, hundida la cara en el charco.

La pelea había terminado.

La gente se puso a vitorear.

—¡Ha ganado Jack el Guapo!

—¡Viva Jack el Guapo!

Jack estaba jadeante, echando sangre por la comisura de la boca, a consecuencia del único golpe que había recibido.

—¿Qué son ustedes, malditos sedientos de sangre? ¡Lárguense!

Algunos se fueron precipitadamente, pero otros lo hicieron más despacio.

Jack llegó junto a Rock, le levantó la cabeza. Estaba sin sentido. Entonces, lo cargó sobre sus hombros y echó a andar por la calle.

Los espectadores estaban asombrados, porque no era corriente que el vencedor cargase con el vencido.

Melanie vio llegar a Jack con el desvanecido.

—¿Quién es, Jack?

—Un amigo.

—Pero si no es Max Adams.

—No, es Rock Barnes.

—Demonios, Jack, ¿es que te vas a pelear con todos tus amigos?

—Sí, creo que hoy es el día del ajuste de cuentas con las viejas amistades. Ayúdame. Tengo que bañar a este tipo. Le quitaré la ropa y tú la lavarás.

Rock volvió en sí cuando Jack le estaba bañando en el riachuelo.

—Jack, ¿qué maldita cosa estás haciendo?

—Tenía varias escoriaciones en la cara.

—Estate quieto.

—¡No necesito un ama de cría!

—Que te crees tú eso. La necesitas más que un bebé de cuatro años.

—¡No me compares con un niño!

—De acuerdo, Rock. Te compararé con el gigante Goliath. ¿Te gusta más así?

Rock Barnes estaba demasiado débil para resistirse. Además, algo había cambiado en él, pero Jack no sabía cuándo. Aunque no se hacía demasiadas ilusiones.

—¡Maldita sea, Jack! ¡No quiero bañarme!

—Tienes más mugre que una chimenea, Rock. Te voy a lavar de la cabeza a los pies.

—¡Tú no harás eso!

—¿Quieres que te deje otra vez sin sentido?

—Está bien. Pero no creas que me has ganado… —no pudo

terminar la frase porque Jack le hundió la cabeza en la poza del río.

Jack había lanzado la ropa tras unos arbustos, donde los recogía Melanie, y ella estaba haciendo su colada al otro lado.

—¡Demonios, Jack, no había visto una ropa tan sucia en mucho tiempo!

Jack terminó de frotar con el estropajo. La pastilla de jabón se había reducido a la tercera parte.

—Ya puedes salir, cromo.

—¿Dónde está ella? Oí voces de mujer, mientras me desnudabas.

—Melanie no te verá.

—Con que se llama Melanie. ¿Qué tienes que ver con ella?

—Me voy a casar.

Melanie levantó la cabeza por encima de los arbustos, pero al ver que Rock estaba desnudo hasta la cintura, se dejó caer y quedó a gatas junto a la ropa que estaba lavando.

—¡Jack!

—¿Qué pasa, Melanie?

—He oído.

—¿Qué has oído?

—Que te vas a casar conmigo.

—Me alegro de que no seas sorda. Un amigo mío se casó con una sorda y lo pasó muy mal.

—¿Por qué te vas a casar conmigo, Jack?

—Porque te quiero.

—Pero tú eres Jack el Guapo, el favorito de las *girls*.

—Las dejaré a todas. Bueno, pero si me piden un favor…

—¿Qué pasará si te piden un favor?

—Mujer, me podrían pedir dinero para cuidar a un hijo enfermo, o atender a su madre.

—¡Es la declaración de amor más increíble que he oído en mi vida!

—¿Por qué, Melanie?

—Me dices que te vas a casar conmigo mientras lavas a un amigo. Y yo estoy fregoteando su ropa.

—Es lo que decía mi abuela. Las ocasiones hay que aprovecharlas. Cualquier momento es bueno para decirle a una mujer que es la más linda del mundo.

—¿Yo soy ésa?

—Tú, Melanie.

—Me voy a echar a llorar, Jack.

—Por lo que más quieras. No vuelvas a decir que me traerás el gafe.

Sin embargo, Melanie lloró mientras decía:

—No lo puedo remediar, Jack. He traído la mala suerte a todos, y también te la estoy trayendo a ti. ¿Es que no te das cuenta? ¡Peleas hasta con tus mejores amigos!

—Deja de llorar y termina con la ropa de Rock, o no podrá vestirse.

CAPÍTULO XII

Rock Barnes estaba tendido en un viejo sofá, en la cabaña de Melanie.

La joven hacía la comida en la cocina.

Jack fumaba un cigarrillo apoyado en la pared.

Rock ya estaba vestido con sus ropas.

Jack le había afeitado y cortado el cabello con la navaja barbera y las tijeras que habían pertenecido al abuelo de Melanie.

Por ello, Rock parecía otro hombre, aunque conservaba en la cara las huellas de su pelea con Jack.

—¿Por qué se nos mete el odio en el cuerpo, Jack?

—Hay dos razones que nos impulsan. El dinero y las mujeres.

—¿Qué?

—Me refiero a que un hombre consigue el poder por el dinero, y otro hombre consigue odiar por una mujer. Tú eres del segundo grupo.

La puerta se abrió bruscamente y aparecieron tres hombres de pistolera baja. Eran barbudos, desechos de la sociedad.

—¿Buscan a alguien? —inquirió Jack.

—Tenemos sed.

—El riachuelo está ahí al lado, y lleva mucha agua.

—El agua está jabonosa.

El que hablaba era alto, con una cicatriz sobre la ceja derecha.

—Vayan un poco más arriba —dijo Jack—. Y beberán agua clara.

El tipo miró a los dos amigos.

—¿Quién de ustedes es Jack el Guapo?

—Yo —contestaron a una Rock y Jack.

El pistolero rió y pareció una calavera.

—¿Es un juego?

Jack se dirigió a Rock:

—Eh, chico. Será mejor que te calles. Ellos buscan a Jack Martin, y ése soy yo.

—Lo mismo te digo, muchacho. Cierra el pico. Ellos buscan a Jack Martin, y ése soy yo.

Jack sonrió a Rock. Habían peleado juntos en muchas ocasiones y, poco más de una hora antes, se habían enfrentado en aquella calle de Silver City. Pero ya se habían reencontrado. Ya eran amigos, listos para continuar peleando juntos.

El hombre que, al reír parecía una calavera, arrugó la nariz.

—Eh, muchachos —se dirigió de soslayo a los que le acompañaban—. ¿No os parece que aquí hay demasiados Jack el Guapo?

—Sí, Ben —contestó un tipo regordete, que tenía ojos fríos y verdosos, con párpados caídos, como los de un lagarto—. Demasiados Jack el Guapo.

—¿Y qué propones?

—Que nos carguemos a los dos, y de esa forma nunca fallaremos.

—Tienes razón, Barry.

El hombre llamado Ben, que al sonreír parecía una calavera, señaló al tercer pistolero.

—El no puede hablar porque es mudo. Pero, si hablase, diría lo mismo que Barry.

Rock Barnes se levantó.

Fue la señal para que el terceto sacase sus instrumentos de muerte.

En la cabaña se armó un estruendo.

Jack y Rock habían tirado del «Colt» con rapidez y aventajaron a los forajidos.

Los tres pistoleros se atropellaron en la puerta de la cabaña para salir, impulsados por las balas. Y por eso no pudieron caer fuera… Cayeron dentro, arrojando sangre por los agujeros que tenían en el pecho y en la cabeza.

En aquel momento, Melanie llegaba con una fuente.

Y dijo:

—Aquí traigo los riñones.

Estaba blanca como el yeso, porque había oído el estruendo mientras venía de la cocina. Y al ver los cuerpos sin vida de aquellos desconocidos, lanzó un largo alarido.

Jack la sujetó.

—Cuidado, nena. No tires la fuente de los riñones, porque Rock y yo estamos muertos de hambre.

—Me voy a desmayar, Jack. Si no me sostienes la fuente, os quedáis sin los riñones.

Fue Rock quien le quitó la fuente de la mano y entonces Melanie se relajó en brazos de Jack y éste la besó en la cara repetidamente.

—Animo, muchacha. No puedes desmayarte ahora.

—Continúa dándome las sales para que no me desmaye.

Jack sonrió y la continuó besando, porque eran las sales a las que ella se refería.

Habían retirado los cadáveres, enterrándolos lejos de la cabaña. Luego comieron.

Melanie no quiso probar los riñones.

Durante el transcurso de la comida, Jack puso al corriente a Rock de lo que pasaba con la mina de Melanie. De cómo la compañía minera había querido adueñarse de aquella pertenencia. Y luego le explicó la razón.

No tenía la menor duda de que la mina de Melanie tocaba el filón del sur.

—Entonces, tú crees que yo soy rica —dijo Melanie.

—Sí, tesoro.

—¡No puede ser, con la mala suerte que tengo!

—Cariño, tú no has tenido mala suerte nunca.

—¡Pero me han ocurrido muchas cosas desgraciadas! Hasta para ponerlas en un folletín.

—Todos tenemos nuestro folletín.

Recordó de pronto lo que le había pasado a Rock antes y dijo:

—Perdona, Rock.

—¿No se lo has contado a Melanie?

—No.

—Entonces, yo la pondré al corriente.

Rock empezó su relato con aquel viaje desde el rancho donde trabajaba con Jack. Había viajado sin la compañía de su amigo porque éste tenía paperas, lo cual hizo reír a Melanie. Y él, Rock,

había conocido, en la ciudad donde llevó el rebaño, a una hermosa *girl* llamada Rosie Winter, y se enamoró de ella. Perdidamente. Hasta el extremo de hacerla su mujer. Y tras de dos días de luna de miel, Rosie le dio la sorpresa. Quería que asaltasen una diligencia. Rock, al principio, no quería creerla. Pensó que era una broma de Rosie, hasta que se dio cuenta que ella hablaba en serio y, entonces, él se negó a secundar sus planes. Ése fue el principio de las disputas entre ellos, porque luego se sucedieron una tras otra. Hasta que un día, Rosie se marchó con otro hombre. El los siguió por caminos, montañas y ciudades, hasta que los encontró. Rock disparó contra Clark Holmes cuando éste trató de sacar el revólver. Pero su mujer declaró en el juicio otra cosa. Que Rock había disparado sobre Clark a sangre fría, sin que Clark tuviese la menor intención de desenfundar. Y por ello, la sentencia fue de homicidio. Y tuvo que cumplir su condena en la penitenciaría de Tucson. Y Rock explicó las noches y los días que pasó en la celda, pensando en su venganza. Sólo había vivido para eso.

Terminó diciendo:

—Todavía no la he perdonado, Melanie. Pero la paliza de Jack sirvió para que mejorase un poco. Y ahora, al oír vuestros problemas, me he dado cuenta de que vivo en un mundo donde hay otros seres que tienen también problemas. Porque hasta ahora yo sólo me importaba a mí mismo, porque me consideraba el más desgraciado.

—Pues te salió una competidora, Rock —repuso Melanie, con una sonrisa—. La más desgraciada soy yo.

—No digas eso, Melanie.

—¿Que no te lo diga? Si yo te contase a ti lo de los buñuelos…

—¿Qué buñuelos? —inquirió Rock.

Jack intervino:

—Oye, Melanie. Ya se lo contarás más tarde. Ahora, si no nos preocupamos del presente, podemos encontrarnos asados en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Jack! —exclamó la joven—. ¿Crees que esos tres pistoleros te fueron enviados por Max Adams?

—Sí, Melanie. No tengo la menor duda de que mi amigo Max Adams me quiere retirar de la circulación. Y si lo consigue, le será fácil adueñarse de tu mina.

—Caracoles, pues la cosa está que arde.

—Pero no voy a esperar a que me mande más pistoleros.

—¿Qué quieres decir?

—Que iré a ver a Max.

—Te acompaño —dijo Rock.

—Como quieras.

Melanie corrió hacia Jack, y se colgó de su cuello.

—Jack, no quiero que te maten.

—Nadie me va a matar.

Fue ahora Melanie la que apretó su boca contra la de Jack.

Rock esperó a una prudente distancia y, después de tres besos, Jack se reunió con él.

Cuando caminaban por la calle Mayor de Silver City, en dirección a la compañía minera, Rock preguntó:

—¿Por qué crees que ese Peter Morris y Rosie están aquí?

—Ya he pensado en lo mismo que tú, Rock.

—¿Y en qué crees que he pensado yo?

—En un asalto.

—Es cierto.

—Rosie tiene eso metido en la cabeza, Rock te enamoró a ti para asaltar una diligencia Luego, al fallarle, eligió a otro hombre. A Clark Holmes. Y no ha pensado en otra cosa. Ella quiere dinero en grande y sabe que la única forma de lograrlo es mediante un robo de categoría.

—Aquí hay muchos mineros a los que se puede robar.

—Y también existe un sitio donde se reúne todo el dinero.

—¿Te refieres al Banco?

—Sí.

Estaban pasando frente al Banco A través de unas ventanas vieron a un hombre con un rifle.

—Veo a un vigilante, Jack.

—Hay una pareja de ellos.

—Al parecer, será difícil robar ese Banco.

—Pero si ellos lo han planeado bien, pueden arriesgarse, teniendo en cuenta que ahí dentro debe haber más de cien mil dólares.

—Serían necesarios varios hombres.

—Pero tú ya conoces a alguien que es amigo de Peter Morris, ese

tal Brandy Bosley. Y podría haber otros.

—Creo que no vas desencaminado, Jack.

—Después de nuestra visita a la compañía minera, hablaremos con el *sheriff*.

Ya habían llegado a la oficina de Max Adams.

Dos hombres le interrumpieron el paso. El más alto dijo:

—Está prohibida la entrada a Jack el Guapo.

Jack le sacudió con la derecha y Rock se encargó del otro, pegándole también.

Los dos centinelas se desplomaron y quedaron sin conocimiento.

Ya no encontraron ningún obstáculo.

Sibyla, la secretaria de Max, se levantó de un salto al ver a Jack el Guapo y a su acompañante.

—Señor Martin, no puede entrar en el despacho del señor Adams. Está celebrando una reunión.

—Siempre me han gustado las reuniones —dijo Jack, y haciendo una señal a Rock se encaminaron hacia la puerta tras la que se encontraba Max Adams.

CAPÍTULO XIII

Max Adams decía a Luke y a otros tres hombres:

—Esos pistoleros de pacotilla fallaron con Jack Martin. Y no puedo consentir que este negocio salga mal.

Una voz dijo:

—¿Cuál negocio, Max?

El rubio miró hacia la puerta y vio a Jack. Le ocurrió como poco antes. Una vena se le hinchó en la sien.

Los tres hombres que estaban con él, además de Luke, eran pistoleros, pero de más calidad que Sen Barry y el mudo.

—Hola, Jack, ¿por qué no pasas?

—Vengo con un amigo. Se llama Rock Barnes.

Los dos entraron.

Max sonrió, mientras caminaban hacia la mesita donde estaban las botellas de *whisky*. Escanció en varios vasos.

—¿*Whisky*, muchachos? —preguntó a Jack y a Rock.

Jack negó con la cabeza.

—No bebemos en acto de servicio.

Adams lanzó una carcajada.

—Fue buen chiste, Jack. Pero yo beberé un trago.

—Puedes hacerlo.

Max bebió el trago y, después de chasquear la lengua, dijo:

—Jack, he hecho un camino muy largo para llegar hasta aquí.

—Y estás en la cumbre.

—No, todavía no, me falta algo.

—¿El filón de la mina de Melanie Hasler?

—Exactamente.

—Pues no lo vas a tener.

—Jack, esto lo podemos resolver entre nosotros. Fuimos amigos.

¿Lo saben? —Miró a Luke y a los tres pistoleros—. Jack Martin y yo formamos una gran pareja en otros tiempos. Nos divertimos mucho con las *girls*. Pero debo reconocer que Jack me ganaba siempre con ellas. Ésa ha sido su especialidad, meterse a todas las *girls* en el bolsillo. Y lo conseguía con su simpatía y con su cara bonita.

—Tú también tenías las tuyas, Max.

—No, no me puedo quejar. También tenía hermosas *girls*. Pero ha existido una diferencia entre nosotros, Jack. Tú has seguido con ellas. Yo me retiré.

—Ya oí que tú querías mujeres más caras Y por eso te hiciste cliente de *madame* Renat.

Max se sonrojó. La casa de *madame* Renat era la más lujosa de Silver City. Pero también sus clientes tenían que pagar más dinero a cambio de la diversión que encontraban allí.

—Jack, no vamos a discutir sobre mujeres. Tú seguirás con tus *girls* y yo seguiré con las chicas de *madame* Renat.

—Te equivocas, Max. Yo ya terminé con las *girls*.

—¿Desde cuándo?

—Desde que conocí a Melanie Hasler.

Max dejó de sonreír. Arrugó el ceño. De pronto, soltó una carcajada.

—Creo que te comprendo, Jack. Eres más listo de lo que yo suponía. Tú también pensaste en el filón de plata. ¿Y cómo conseguirlo? Tú no tienes empleados. Usaste tus propios medios. Tu simpatía y tu bonita cara. Volvamos al principio, Jack. Siempre te valiste de eso para conseguir lo que querías. Pero esta vez no te va a servir.

—¿Tú crees?

—Estoy dispuesto a llegar hasta el fin, Jack. Y ahora estoy hablando en serio.

—Ya hablaste en serio al mandarme a tres pistoleros de pacotilla.

—Los de aquí no son de pacotilla.

Jack observó a los tres pistoleros a quienes Max se refería y comentó:

—Apuesto a que ellos son los mejores que pudiste encontrar.

Max volvió a sonreír.

—Pero no está bien que tú y yo peleemos, Jack.

—No, no está bien.
—Por eso llegaremos a un acuerdo.
—¿Qué clase de acuerdo, Max?
—El filón al cincuenta por ciento.
—No.
—Hay un millón de dólares en la mina de Melanie.
—Vaya, es una sorpresa. Yo creía que sólo habría medio millón.
—Entonces es razonable que tú tengas el medio millón y yo el otro.
—De eso nada, Max.
—¡Maldita sea, Jack! ¡Te estoy proponiendo el mejor negocio para los dos! Tú te casas con Melanie y de esa forma consigues tu parte. Pero ella renunciará a la otra mitad a mi favor.
—Sufres un despiste, Max.
—¿A qué te refieres?
—Yo no me caso con Melanie por el filón de plata.
—¿Y por qué te casas? ¿Por amor?
—Es posible que no lo creas. Pero la quiero. Me enamoré de ella.
Max rompió a reír, palmeándose el muslo con la mano.
—Eso estuvo la mar de gracioso, Jack Palabra. Fue lo más divertido que dijiste desde que volvimos a encontrarnos hoy. Tú enamorado de una mujer y, por añadidura, no es una *girl*.
—Ya supuse que no me creerías.
—No, no te creo. Ni te creería aunque me lo jurases sobre la tumba de tus padres.
—No voy a ir a Kansas City para jurarlo sobre la tumba de mis padres.
Max, con el vaso en la mano, se dirigió hacia la mesa donde realizaba su trabajo, la más grande. Se detuvo delante de ella.
—Jack, me estás poniendo en un apuro.
—Tú eres el que me estás creando problemas, Max.
—¿Qué propones tú?
—Que renuncies a la mina.
—¿Una renuncia total?
—Total y absoluta, Max.
—Si pones las cosas así, te voy a decir a ti lo mismo, Jack. Retiro mi oferta del cincuenta por ciento Quiero una renuncia total y absoluta de ti y de Melanie. Pagaré sólo los dos mil dólares que

ofrecí al principio a Melanie.

—Oh, sí, los dos mil dólares para pipas de girasol.

Adams miró a los pistoleros.

—Muchachos, cuando queráis.

Los tres pistoleros, que habían permanecido como un grupo escultórico, tiraron del revólver.

Jack y Rock desenfundaron también.

El lujoso despacho de Max Adams se convirtió en una sartén de aceite crujiente, porque estaba al rojo vivo.

Y la atmósfera fue rasgada por los aullidos y las maldiciones de muerte.

Max Adams también se unió al grupo. Tiró del cajón y sacó un revólver con cachas de plata.

Fue Rock quien se encargó de él, porque Jack vaciló unos instantes, antes de disparar contra su amigo. Dos pistoleros ya se habían derrumbado, y el tercero se tambaleaba.

Rock metió una bala a Max en el centro del pecho y lo mandó contra la pared.

Allí se quedó de pie Max Adams, los ojos desorbitados. El revólver con cachas de plata le resbaló de los dedos y cayó a sus pies.

El duelo había terminado. Sólo quedaba vivo un hombre, Luke, que no se había atrevido a sacar el «Colt».

Max Adams se apoyó en la mesa.

—Jack.

—Lo siento, Max. Lo siento.

—¡Maldita sea! ¿Por qué han de pasar estas cosas?

—Siéntate, Max.

Le ayudó a sentarse y, una vez Max en el sillón, sonrió.

—Otra vez estoy aquí, en mi trono. He creído que podría dominar Silver City Y me he repetido una y mil veces que, si dominaba Silver City, dominaría el mundo…

—No hables.

Sibila entró y pegó un grito.

—Señorita —dijo Jack—, traiga un doctor.

—Ahora mismo —dijo Sibila, y salió corriendo.

Max movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jack, el doctor no llegará a tiempo. ¿Qué te decía? Oh, sí,

que iba a ser muy grande. El rey de la plata. —Se echó a reír, pero echó una bocanada de sangre que trató de detener con el pañuelo —. Jack, ¿por qué somos ambiciosos?

—Lo somos desde que estamos en la cuna. Es una condición natural del hombre. Y muy pocos hay que no la sientan… Yo también he sido ambicioso, Max. He comprado mercancías y las he vendido a tres veces su precio… Una voz interior me decía que hacía mal, pero yo la acallaba. ¿Lo ves, Max? Nadie es inocente para arrojar la primera piedra.

—Pero tú no has matado para conseguir tus fines.

—No, Max. Eso no lo he hecho.

—Yo sí, Jack. Yo me he convertido en un asesino.

—Lo importante es que te has arrepentido.

—Es imposible que lo esté… ¿Y sabes qué significa eso? Que me voy a morir.

Rió otra vez y de nuevo tosió y tuvo que cubrirse la boca con el pañuelo.

—Es el final, Jack. Buena suerte.

Luego, Max dobló la cabeza.

Jack trató de enderezarlo.

—¡Max!

Pero ya nada podía hacer por el hombre que había sido su amigo, porque estaba muerto.

Rock dejó oír su voz ronca.

—Perdona, Jack. Yo le mandé la bala.

—Olvídalo. Ya lo oíste a él… Ordenó matar a varias personas. La justicia no le hubiese perdonado.

El *sheriff* entró y se quedó asombrado al ver el cuadro que se ofrecía ante sus ojos.

—¿Qué es esto, Jack? ¿Tu matadero particular?

—Será mejor que escuches, Chester.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escuchar, puesto que soy un espantapájaros y no un representante de la ley.

—Hoy puedes empezar a ser un representante de la ley, Chester.

CAPÍTULO XIV

Peter Morris y Rosie Winter entraron en el Banco.

Brandy Bosley se había quedado en la calle, cuidando los caballos.

Richard Kiber estaba ya dentro del Banco. Pretendía ingresar cincuenta dólares, pero le estaba costando mucho trabajo rellenar el papel. Hacía la imitación del hombre que apenas sabe leer y escribir.

Un vigilante estaba a la derecha, hablando con una señora. Pero la culata de su rifle descansaba en el suelo. El otro vigilante se encontraba en un rincón, apoyado en la pared. Manejaba el rifle con las dos manos, aunque apuntaba al techo.

Peter Morris y Rosie se conocían de memoria cómo era aquel Banco.

En la caja había un cliente de cabello blanco.

—Aquí tiene sus dos mil dólares, señor Foster.

—Gracias.

—¿Está seguro de que la pertenencia que le van a vender es buena?

—Desde luego, señor Smith. Ya sabe que me conformo con poco. Compraré por dos mil dólares y sacaré plata en tres meses por valor de seis mil.

—Usted es una hormiguita.

—Sí, señor Smith. Prefiero ser una hormiguita.

Rosie se estaba poniendo nerviosa.

—¿Por qué no se va la hormiguita, imbécil?

—Tranquila, nena —rezongó Peter—. Nosotros también vamos a ser hormiguitas, pero que nos vamos a llevar, de una vez, todo lo que hay aquí, porque tenemos unas pinzas poderosas.

Rosie rió por lo bajo.

—Eso estuvo bien.

—Vamos a empezar. La hormiguita ya se fue.

Se dirigieron hacia la caja.

—Buenos días, señora —saludó el cajero, llamado Smith a Rosie, que se había adelantado unos pasos a Peter.

Ella sacó un billete de a cincuenta dólares.

—¿Quiere cambiármelo, por favor?

—Con mucho gusto.

Smith empezó a coger monedas de a dólar y ella dijo:

—Quiero billetes de a cinco dólares.

—Como usted desee.

Rosie sacó un papel del bolso lo puso delante del cajero.

El señor Smith levó lo que decía el papel:

> «Esto es un asalto Tenga cuidado. Hay varios hombres dentro del Banco y cualquiera de ellos le puede volar la cabeza. Coja las dos bolsas que hay en la caja y tráigalas hacia acá. Nosotros haremos el resto».

Smith titubeó un instante y miró a Rosie. Ella le contestó con una sonrisa.

—Esos billetes son demasiado usados. Los quiero nuevos, de la caja.

—Sí, señora. Se los daré enseguida.

El cajero se dirigió hacia la gran caja de caudales que había en el fondo.

Peter Morris y Kiber seguían observando a los vigilantes, los cuales no se habían dado cuenta de nada. El que hablaba con la señora le decía:

—Me alegro de que sus pies estén mejor. Es terrible eso del reuma.

—Sí, señor Parker He estado dos semanas sin poder salir a la calle. Hoy, por fin, me dije: «Ana, no tienes más remedio que ir al Banco a por dinero». Y aquí me tiene.

—Vaya con cuidado, Ana. Ya sabe que las recaídas son malas.

—Ahora que he sacado mis cien dólares, me iré a casa, y no saldré de ella hasta el mes próximo.

—Deseo que se mejore.

—Gracias, señor Parker.

El cajero no estaba muy seguro de sí mismo. Sacó la primera bolsa sin novedad. Pero la segunda golpeó contra una pequeña mesa, donde había una jarra de agua. La jarra cayó al suelo y se hizo pedazos.

El vigilante que estaba al fondo se enderezó.

—¿Qué pasa, Smith?

El otro vigilante ya había dejado de mirar a Ana y estaba prestando atención al incidente.

Los dos empleados del Banco que trabajaban con Smith, más allá de la reja, observaban a sus compañeros.

Smith se mojó los labios con la lengua.

—Estoy un poco torpe.

Uno de sus compañeros, preguntó:

—¿Por qué has sacado las dos bolsas?

Smith no le contestó, porque se quedó rígido.

El mismo empleado que le había hablado, dijo:

—Sabes que una de las bolsas contiene la nómina de la compañía minera, y la otra, el dinero de los depositantes. ¿Por qué tienes que sacarlas ahora, Smith?

Peter Morris soltó una maldición. Había querido que el cajero se acercase a la reja con las dos bolsas para entonces sacar el revólver. Con eso habría adquirido una ventaja. Pero ya no podía esperar. Miró a Kiber y los dos tiraron del «Colt» con rapidez.

El vigilante más lejano, movió el rifle.

Peter disparó, y le incrustó una bala al vigilante entre los dos ojos.

El otro vigilante empezó a mover el rifle hacia Peter, pero Kiber saltó a su lado.

—Quieto, nene. Esto es un asalto. Y todavía puedes vivir para contarlo. Tira ese rifle.

El vigilante dejó caer el rifle a sus pies.

Rosie gritó:

—¡Peter, has disparado y vendrá el *sheriff*!

—No seas estúpida. Ya sé quién es el *sheriff*. Un viejo que no

vale para nada. Pero estoy de acuerdo contigo en que debemos marcharnos cuanto antes… ¡Eh, tú, cajero del infierno, trae acá esas bolsas!

—Sí, señor.

—Muévete aprisa, si no quieres que te ase también los sesos.

—¡Ahora mismo! ¡Ya me estoy moviendo! —tartamudeó el cajero.

Al pretender coser una de las bolsas, tropezó con la otra y se derrumbó.

Peter puso el dedo en el gatillo.

—Te la ganaste, cajero.

—¡No dispare, por favor! Soy padre de cinco hijos —dijo Smith, y ya estaba de pie.

—Pues, si no quieres dejar a cinco huerfanitos de padre, no vuelvas a caerte.

—Sí, señor. ¡Digo, no, señor!

El cajero llevó la primera bolsa hacia la reja.

—Pásala por encima —le dijo Rosie.

Rosie se hizo cargo de la primera bolsa y sonrió a Morris.

—Peter, es dinero.

—Te falta la mitad, linda.

—Ahora me la trae este patoso cajero. Eh, patoso. Date más prisa.

Smith va había cargado con la segunda bolsa, que pasó también por encima de la reja.

Peter se hizo cargo de ella.

—¡Vámonos ya! —ordenó.

Richard Kiber golpeó con la culata del revólver en la cabeza del vigilante, el cual se desplomó sin conocimiento.

—El camino está libre —dijo.

Retrocedieron hacia la puerta.

Primero salió Kiber y luego Rosie.

Peter habló antes de ganar la calle.

—Escuchen todos. No salgan de aquí en diez minutos. El que lo haga antes, se va al infierno.

Nadie le contestó, pero observó en el rostro de los empleados que ninguno de ellos se atrevería a salir a la calle en los diez minutos.

La gente había huido de los alrededores del Banco, tras producirse el primer estampido.

Brandy Bosley estaba montado en el caballo.

—Peter, eres un gran tipo —exclamó.

—¿Y qué dices de mí? —preguntó Rosie.

—Tú eres una gran mujer.

—Dejaos de requiebros —rezongó Peter.

Rosie se acercó a su caballo para asegurar su bolsa a la silla y Peter hizo lo mismo con la que él llevaba. En aquel momento oyeron una voz por la esquina del Banco, la de la derecha:

—¡Alto!

Era Jack Martin y tenía un revólver en la mano.

Peter se echó a reír.

—Eres un imbécil, Jack Somos muchos y tú eres uno solo.

Por detrás de Jack apareció un hombre. Rock Barnes.

Rosie, al verle, agrandó los ojos como si estuviese viendo un fantasma.

—Hola, Rosie.

—¡Rock!

—Sí, querida. Tu Rock.

La hermosa joven se humedeció los labios con la lengua.

—Rock, ven con nosotros.

—No.

—Tenemos un cuarto de millón. Tú también tendrás tu parte.

—¿Y también te tendré a ti, Rosie?

—Eso está por descontado.

Rock negó con la cabeza.

—No, Rosie Lo nuestro se acabó.

Otro hombre apareció junto a Jack, era el *sheriff* de Silver City, Chester Connors.

Peter Morris hizo una mueca.

—¿Qué hace ahí, espantapájaros?

—Cumplir con mi deber, Morris. Simplemente eso. Cumplir con mi deber.

—¡Los asaremos! —dijo Peter Morris.

Llegó el momento de apretar el gatillo.

Las balas aullaron.

Peter Morris fue alcanzado en la cabeza, Brandy en el pecho, y

Kiber en el estómago, y fue Brandy quien, al girar lanzando un aullido de dolor, disparó el revólver en muy mala dirección, hacia Rosie, y ésta también cayó, porque el proyectil le partió el corazón.

Sólo Rock Barnes recibió un rasguño en el otro bando, porque una bala le hirió el brazo.

El *sheriff* y Jack se quedaron donde estaban Pero Rock echó a andar y se detuvo ante el cuerpo de Rosie. Los ojos de Rock se llenaron de lágrimas y éstas le resbalaron por las mejillas.

Con voz ronca, dijo:

—Rosie, no mereciste que te quisiera tanto.

—¡Viva Jack el Guapo!

—¡Vivaaaa!

Las *girls* saltaron sobre Jack Martin, unas por la izquierda, otras por la derecha, otras de frente. Todas querían llegar a él para besarle.

Pero, de repente, una mujer tiró de Jack y le apartó de las *girls*, mientras gritaba:

—¡Ha dejado de ser Jack el Guapo! ¡Es Jack Martin, y se acaba de casar conmigo! ¡Nadie más besará a este hombre! ¡Nadie más! ¿Lo oyes, Jack Martin?

—Nadie más, querida —repitió él.

Y tras decir aquellas palabras, el hombre que había sido Jack el Guapo, besó en la boca a Melanie, su mujer.

FIN